

EDIFICAR
UNIVERSOS

Marta de la Fuente Soler

Galernas





© 2021 **Europa Ediciones** | Madrid

www.grupoeditorialeuropa.es

ISBN XXX-XX-XXX-XXX-X

I edición: diciembre del 2020

Depósito legal: M-XXXXXX-XXXX

Distribuidor para las librerías: **CAL Málaga S.L.**

Galernas

*A mi padre siempre, no ya porque
espero que estés donde estés te guste, sino porque me
has susurrado todo esto palabra por palabra al oído.*

La casa respiraba lenta y pesadamente como un mamífero antiguo, como un pequeño, gran mundo cansado al borde de sus fuerzas, al borde del abismo aceptando su fin. Un fin que nunca acaba de llegar. Desde su construcción había estado llena de polvo y de trastos de cometido incierto. El laberíntico frescor de sus muros de piedra encerraba restos de mil naufragios. Naufragios de ricos. Solo los ricos naufragan con veintisiete champaneras o cincuenta pipas Savinelli. En la planta baja, en un cuarto el cual una vez había sido un pórtico hecho y derecho, pero que igual que tantos otros de la casa había olvidado hace tiempo a manos de la omnímoda cachibachumbre el que hubiera sido su destino inicial, habían atracado la proa de un barco. Años atrás, los pequeños de la familia habían jugado a capitanes y grumetes, soñando con los mares lejanos que habían surcado sus abuelos y los abuelos de sus abuelos. Antaño, un antaño de antaños, el clan había sido fervientemente marinero. Esa es de las pocas evocaciones que aún algunos asociaban a la casa, las risas de los niños subiendo y bajando de la embarcación partida, pues este almacén de trastos era un cementerio de reliquias pero no de recuerdos. A excepción de estos ecos, nadie adjudicaba hitos felices ni tampoco desdichados al abrazo del caserío. Todos parecían querer olvidar su historia.

Ahora aquellos niños eran abuelos, como aquellos con los que una vez habían soñado, pero ni ellos ni ningún

otro miembro viviente de la familia había botado nunca ningún barco, muchos ni siquiera habían visto el mar. La familia iba muriendo lentamente y, mientras, la casa parecía seguir viviendo su propia existencia, dando nuevas esquinas a la espera de nuevos contornos, como si ella misma creara recovecos para que en ellos jubilaran más artilugios, de hecho, parecía que fuera la casa quien hacía crecer los cacharros en sus aristas.

La gente de bien, se dice, nunca pisa una casa con las manos vacías. Así le había instruido su madre en la víspera de su partida al campo, al mismo tiempo que ponía en sus manos un orinal de porcelana de Sèvres para que lo llevara como dote. De esta forma, no solo la preparaba para las maneras del mundo, sino para el extremismo con el que, según tenía entendido, se practicaba esta convención social en el seno de su familia política. Este dato y que la casa insignia estaba en el campo era lo único que sabía de ellos.

El aire de la montaña le sentaría bien, la había alentado el médico del pueblo.

Su madre siempre tan atenta a los consejos de los demás, y esto era una espada de doble filo, como toda virtud después de todo, pues si bien esta cualidad abanicaba su permeabilidad, su humildad, su buena escucha, también medraba en su falta de originalidad, en su dependencia de los caminos trazados por otros y, por consiguiente, en sus miedos.

«Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

Este proverbio ancestral lo cosía primorosamente su madre con punto de cruz a cojines, cuadros que colgaba en su cocina y otros adornos de tela. Por aquel tiempo en que mandó a su única hija a vivir fuera, se dedicaba a la costura con más fruición que nunca; cada vez que terminaba su labor y daba al mundo otro cuadro, colcha o jersey estampado con sus frases guía, oía el eco de las carcajadas socarronas y cariñosas de su marido.

—Tadeita, cómo eres, cómo es mi niña de precavida.

Su marido había vivido en esa casa de campo de pequeño, apenas unos meses. Luego, había vuelto a ella al morir. Él había sido el último en jugar en la proa del barco, pero había jugado solo, solo a capitán, porque su hermano le sacaba veinte años y él era el último niño de la familia. Como la familia de Tadea no era recurrente, pues procedía de los brujos fondos y andaba cada cual a su aire, le preocupaba que, ahora muerto su marido, su hija Raquela se sintiera irremediabilmente sola y perdida y que problemática ya de por sí como era, se torcieran aún más sus maneras.

Tadea, desconocedora de la historia familiar de su marido, ahora quería remediar los años de sequía afectiva, pero no sabía hasta qué punto la de su marido no era una familia unida ni por qué no lo era. Nadie se hablaba con nadie. Había demasiado dolor. Llevaban con mucho orgullo su apellido de rancio abolengo y escudo de armas, pero sujetas a ese nombre solo contaban las vivencias de generaciones de un pasado remoto y una casa, La Casa, mausoleo de juguetes caros venidos a menos.

Poco sabían los unos de los otros, nada más que los abuelos de Raquela se habían ido a parar a un pueblo de costa y el conocimiento de este dato no ayudaba. Nadie de la familia, desde el abuelo Laureano, siete generaciones atrás, había vuelto a ver el mar y el que los parientes inmediatamente anteriores a Raquela se hubieran decantado por este ecosistema era visto como un acto más de rebeldía.

De hecho, nadie había cruzado jamás palabra con el padre de Raquela. Casi ni lo habían visto. No sabían por lo que estar tristes y desde luego que no lo estaban.

En los registros sagrados se cuenta poca gente más espiritual que el padre de Raquela, si acaso su misma hija, pero ni siquiera su propia madre, la abuela de Raquela, también muy dotada, tenía unas capacidades tamañas de su hijo para comprender el significado del todo universal. Un conocimiento que el padre de Raquela llegó a adquirir hacia el final de su vida; no fue hasta su tránsito por esos últimos días que fue consciente de cuán señalado estaba por Dios para entender lo que había detrás de las cosas.

Manuel Abelardo, así se llamaba, era un hombre bueno e iracundo. Descargaba la rabia que sentía por la temprana muerte de su propio padre en el deporte del mar. Temía que así le ocurriría también a Raquela cuando llegara su hora, que su querida niñita quedara marcada por la pérdida inevitable como le había ocurrido a él cuando su padre le dejó.

—Yo sé que voy a morir joven —le había dicho a su mujer a los pocos meses de comenzar su idilio cuando apenas tenían cinco años.

Se habían conocido en una, digamos por ahora, peña musical secreta y se habían enamorado de inmediato cuando tras escuchar la canción *Sapitos Insurrectos* de los Faltriqueras Necias, los dos explotaron al unísono:

—¡Es la canción más hermosa que he escuchado en mi vida!

Entre las risas que inundaron en la reunión, sus pupilas se imantaron y supieron que ya nada sería igual, que sus destinos iban de la mano y sus corazones latirían al mismo ritmo hasta el día en que la muerte los separara. De ahí que la madre de Raquela, al morir su adorado marido, dedicara largas horas de sus solitarios días a actividades que la acercaran a él, como la costura de aquella frase que les unió de por vida en distintas superficies, cuadros, manteles o cojines que esparcía por toda la casa o la escritura de cartas kilométricas a familiares postizos, que por lo general, si contestaban, era con dos líneas.

Querida Tadea,

Gracias por tu carta, te acompañamos en el sentimiento. Nosotros aquí bien, te enviamos saludos.

Firma.

No era culpa de nadie. Era lo que era. Tadea, que tenía buen corazón, los disculpaba con otro refrán:

«Loro viejo nunca aprende a hablar».

Ella era mucho de refranes y como su hija la había tenido de gran referente hasta los cuatro años, la pequeña hablaba como una vieja resabiada, saltando de un

proverbio a otro como quien salta a la comba. A partir de los tres años, pensando que así la vida le iría mejor, se instruyó de manera autodidacta en el empleo verbal del taco, por eso a sus siete años hablaba como una especie de pirata anciana, faltona y cultivada. Esto preocupaba a su madre, el mandar a la niña al campo y que los pasmara a todos con sus pintorescas formas.

A los tres años, cuando sus padres le negaron en rotundo su mayor ilusión, que era entrar en el seminario femenino infantil, decidió castigarles durante un año con un periodo de absoluta rebeldía en el que se empleó en descabezar muñecas y escaparse de casa cada dos días, huyendo tan solo con una lata de tomate frito y una hogaza de pan. Lógicamente nada de eso la acercaba a sus horizontes y en cuestión de horas regresaba mordida por las ratas y tiritando de frío, pero sin un pétalo de la flor de su soberbia marchito. En realidad su vocación de monja no era nada espiritual, tan solo le parecía muy gustoso eso de comer sopa con cuchara de palo y lo de tener un huerto con pollos, pero le hirió tanto esa desconfianza por parte de sus padres, le frustró tanto el ver sus alas atadas a la autoridad parental, que concluyó en su retorcida cabecita que si no podía ser ángel sería demonio, así que pronto descubrió la dinámica del castigo psicológico.

En el año que duró su mutación, escondió llaves y otros objetos fundamentales, cosía su discurso a mentiras, apenas iba a clase y cuando sí, convertía a los maestros en blanco de sus insultos, incluso para bochorno de sus padres fue expulsada del colegio por morder a sus

compañeros y correrles a tijeretazos. Hasta que una tarde, Manuel Abelardo sentó a su hija en una tasca de pescadores, le pidió un vino tinto que mezcló con una pizca de gaseosa y le habló de cómo fue perder a su propio padre cuando aún él era niño. Le contó lo unido que estaba a él, cómo su padre había sido su mejor amigo, iban a la plaza juntos a ampliar la colección de sellos que llegó a ocupar cinco tomos, iban de paseo y tomaban el tranvía. Le contó también que su padre le había negado a los dos años darse a la mar y también él mismo se había rebelado a su manera abriendo todos los grifos de su casa e inundándola al grito de:

—Si no me dejáis ir a la mar, que la mar venga a mí. Cuando le hizo conocedora de esto Raquela se sintió avergonzada, después de todo ella estaba montando un cristo por una llamada mística falaz, mientras que su padre se había empecinado en una pasión sincera y mayúscula; ahora bien, no lograba recordar haberle visto nunca en un barco, pero por la vehemencia con la que su padre le habló de su amor a la mar y a la navegación, por su avalada entrega a la verdad, sabía que no mentía. Después de esa conversación, Raquela empezó a oír voces que salían de las bocas de los pájaros y que le cantaban en gregoriano. Escasas semanas después tuvo su primera premonición, cuyo impacto la dejó muda durante cinco días.

Sonó que un padre que era el suyo pero no tenía su cara la llevaba a ella a hombros, pero ella era un niño. Su padre estaba subido en unos zancos de madera altísimos y con su hijo a cuestas se paseaba por una ciudad, que no era su

pueblo, pero ella en el sueño la tenía por suya. Ambos iban espiando muy animosos a través de las ventanas de los edificios y daban con una que abría a una salita, la salita de su casa, donde Raquela, una Raquela gigante, les saludaba desde el interior. De repente, el padre perdía el equilibrio y caía de los zancos al suelo en un fortísimo estruendo y por arte de magia, se producía un salto en la cronología del sueño y Raquela se veía a sí misma en un autobús que marchaba sin ruedas con su abuela dentro sentada cerca del conductor llorando desconsolada. Raquela en ese autobús se preguntaba qué era lo mejor, si bajarse en la siguiente parada y salir en busca de su padre o quedarse ahí dentro consolando a su abuela. De regreso a su despertar trajo consigo la clara sensación de agobio y de impotencia que la había reconcomido durante aquel sueño por haberse visto llamada a un destino lejos, muy lejos de su padre.

Durante esos cinco días posteriores en los que no abrió la boca, intentó tranquilizarse de aquellas visiones, pero algo en su fuero interno le decía que ese recuerdo definiría su futuro.

Otras proyecciones, menos puntiagudas y sí más cotidianas, se iban cumpliendo una a una; por ejemplo, soñaba que se estropeaba el coche y al día siguiente toda la familia iba al mecánico o que comía un pastel de limón y merengue y al día siguiente aparecía por casa alguien que le traía para homenajear a su padre el mismo pastel con el que había soñado.

Manuel Abelardo a menudo recibía tartas a modo de presente de parte de sus amistades, ya que haciendo gala

de la brutal sinceridad que le caracterizaba, durante una reunión multitudinaria había sentenciado que la repostería local era basta, basta y ordinaria. Aparte de ser un goloso empedernido y su opinión en esa materia, como en tantas otras, más que respetada, de cuando en cuando sus allegados peregrinaban hasta su casa portando bandejas de dulces, con la intención de hacerle cambiar de parecer.

—Aquí traémo un bienmesabe en almíba.

—Haga el señó el favó de probáme étorrijhita.

—Netarán mejhó que mi cashetine de mié.

Doña Rafaela, más conocida como la Parturienta debido a que sus anómalos ciclos menstruales y la fogosidad de su marido la tenían permanentemente o preñada o rompiendo aguas, era de las que más se prodigaba con presentes reposteros.

Ya llega otra vez.

A Tadea esto no le hacía gracia, pero la toleraba, la compadecía sobre todo. Confiaba plenamente en su esposo y sabía que, más allá del obligado coqueteo que debía a una mujer permanentemente en cinta y además comprometida como ninguna con el placer de su azucarado paladar, Manuel Abelardo no era carne de cañón de aquel balón con patas.

Con su propio marido, doña Rafaela mantenía una relación eminentemente rijosa, de aquí te pillo, aquí te mato, que había proporcionado a ambos muchas horas de sincera felicidad y goce, pero su corazón, sus esquinas más límpidas y elevadas, habían sido siempre propiedad de Manuel Abelardo, por eso cuando no estaba dando a

luz o postrada por sus dolores de útero, se pasaba horas entre fogones fabricando pechitos de Venus con los que ofrendaba a su amado.

La tarde que doña Rafaela, ya desesperada por obtener algún fruto de su devoción y movida por una originalidad inusual, se presentó en la casa no con su habitual cajita roja con lacito azul llena de pequeñas pastas con forma de tetillas, sino con una tarta amarilla emulando una grandísima ubre, rellena de crema de limón y cuajada de merengue, Raquela al verla entrar se quedó turulata. Ella había soñado con esa misma tarta la noche anterior.

Una parte de Raquela al ver que todos estos sueños se cumplían inmediatamente o casi inmediatamente después de serles zurcidos al manto de su noche mientras que su sueño más impactante hasta la fecha no se materializaba en su andadura consciente, fue quitándole importancia, pero este era un ejercicio de autoengaño que abandonó a los seis años, cuando tuvo otro sueño en la misma línea traumática. Su padre estaba en la cocina con su madre y con ella misma y por la puerta entraba un hombre demacrado pero bellissimo, envuelto en una capa negra, que besaba dulcemente a su padre en los labios y se lo llevaba de la mano. Al día siguiente, su padre despertó entre sollozos y ahogos, lo llevaron rápidamente al médico y tras una semana de pruebas el diagnóstico del médico fue lapidario. Le quedaba poco tiempo de vida. Un mes, quizá dos. Sin embargo, la causa, el origen de su padecimiento era desconocido. Un auténtico misterio para todos los profesionales. Lo único que sabían a ciencia cierta era que sus pulmones estaban llenos de

cuerdas y agujeros y que su corazón había empezado a latir como una locomotora.

Raquela recuerda la mañana en que su padre la sentó y le dijo que iba a morir pronto. Estaban en la playa frente a un espigón donde a Raquela unos meses antes se le había aparecido la abuela Truli, su adorada abuela Truli, en la forma de una perrita blanca con una moña rosa en la coronilla. Le había ladrado que no se preocupara, que ella se encargaría de todo. Le dijo algo que entonces no llegó a entender.

—Tranquila pocholina, yo pondré de mi parte para que el tránsito se haga bien.

Entonces no la había captado pero, finalmente el hilo de las palabras de su abuela enhebró para su pesar con enorme soltura en la aguja que le clavó en el corazón su padre con aquel fatal anuncio.

—Los médicos no saben con certeza de qué se trata, pero al parecer, hija, la mía es una enfermedad crónica, degenerativa y mortal.

Raquela se resistía a comprender.

—Pero, papá, la vida también es crónica, degenerativa y mortal...

Manuel Abelardo frunció el ceño un segundo y luego acarició la cabeza de su hija. ¿Tendría consciencia desde el otro lado para echar de menos aquella cabecita, aquella suave melena castaña bajo sus palmas, entre sus dedos?

Si se iba de este lado, ¿volvería a ver a su hijita? ¿Y qué sería ver en el otro lado?

La noche del día en que su padre le hizo el trágico anuncio, Raquela tuvo otro sueño. Su padre dormía con

una camisa de pijama abierta y ella, despierta a su lado, veía cómo una pequeña araña andaba por su pecho, se paraba, se hacía una bola y como un parásito se introducía a través de la carne en el interior de su cuerpo. Con los primeros rayos de la mañana, fue corriendo a despertar a sus padres para compartir su videncia y como ninguno de los dos eran personas de fe en el más allá —y debido a esta carencia Raquela les mantenía desinformados de la mayoría de sus visiones—, la tomaron a broma. Raquela, conocida por sus estados de ánimo ciclotímicos, se lanzó a la piscina del impropio y el griterío y exigió que fueran al médico a contrastar su sospecha con expertos. Un poco asustados ante semejante escandalera accedieron. En cualquier caso, el médico le inyectaría un tranquilizante.

Qué caras se les quedaron a los dos cuando tras dos días de sondeos el doctor les dijo, no sin cierto pasmo, que sí, que efectivamente tanta cuerda y tanto agujero era obra del maquiavélico tejemaneje de una araña que pululaba por el tórax de Manuel Abelardo, eso le había disparado el corazón, etc., etc.

La pregunta era: ¿se podía sacar a la araña de ahí? La respuesta era: lamentablemente no. La araña iba demasiado deprisa para poder seguirla y atraparla, pero habían elucubrado que solo cuando la araña diera por concluida su labor, Manuel Abelardo estaría listo para morir.

Raquela rezaba todas las noches para que la araña no se cansara nunca de trabajar, la animaba:

—Vamos arañita, sigue, sigue, sigue.

Pero con el paso de los días, su padre cada vez se encontraba peor. Cada vez le costaba más respirar, lo cual limitaba muchísimo su movilidad, porque cada dos pasos se asfixiaba. Él, que toda su vida había perdido la cabeza por la comida, en aquellos tiempos comía forzado, incluso el dulce, engullía sin disfrute alguno, doliéndole al tragar, solo lo hacía porque se estaba quedando en los huesos debido a la enfermedad. Manuel Abelardo clamaba al cielo y le decía a su mujer:

—Cariño, esto es un calvario.

Raquela se pasaba el día oyéndole decir «ay, ay, ay». Se tapaba los oídos porque cada ay daba un martillazo a su corazón. Su padre, que había sido capitán, su padre tan bravo, tan inquieto, su padre tan fuerte, ahora vivía en un ay, ay, ay. Por eso, al final, cambió sus súplicas a la odiosa inquilina:

—Por favor, arañita, para, para, para.

La noche en que su padre murió, Raquela supo que le había llegado la hora porque, al ir a apagar la luz para acostarse, se encontró con la arañita colgando de la lámpara de su mesilla de noche.

«La arañita ha terminado la faena», pensó.

Quiso creer que estaba equivocada, que su padre amanecería al día siguiente como venía haciendo desde que el mundo era mundo, pero por si acaso saltó de la cama y se puso tres jerséis para evitar que ya que se hallaba ahora desocupada, la araña penetrara en su cuerpo mientras dormía.

En mitad de la noche, Raquela oyó un ronroneo feroz que venía del otro lado de la casa. Fue al cuarto de sus

padres; su madre se despertó de inmediato con sus pisadas para descubrir que la cama de su padre estaba vacía. Madre e hija corrieron por toda la casa en su busca. Hallaron a Manuel Abelardo colgando de la ventana con un hilo de araña.

Manuel Abelardo fue durante toda su vida un ejemplo de rectitud. Lo correcto era el norte de la brújula de su ética personal. Su compromiso con el deber o lo que él entendía como el deber era absoluto. Había aprendido pronto lo que significaba ser un hombre. Su padre le dejó a los doce años; hasta entonces había sido un crío salado y orejón, además de un pequeño dictador. El llevarse dos décadas con su único hermano y el ser el último niño del clan total conferían su liliputiense autoridad doméstica. Desde muy temprana edad, le gustó probar su poder con su familia. Si salía un día de calor tórrido, obligaba a los tres adultos de los que en teoría dependía a ir al desierto, si sacaba el día un vendaval, insistía en que fueran de excursión a la cumbre más abatida por los aires, si en cambio el cielo se presentaba encapotado con las nubes comprando boletos para lluvia, convenía que lo mejor era irse de pícnic a la playa. Aunque lo cierto es que, mandara a su familia de domingo a donde la mandase, él todos los días iba al mar. Nadaba cada mañana, ya fuera verano o invierno, y a falta de barco se enemistó ferozmente con un marinero que solo aceptaba refractarios en su bote. Se llevaban a matar, pero se pasaban la vida juntos y fue aquel marinero, Prístino Rodríguez, gobernante del pequeño pero valeroso Señor Diapasón, con el que había recorrido según él los cincuenta océanos del mundo, quien enseñó a Manuel Abelardo todo lo que acabó sabiendo de náutica. Al morir Prístino, tal y como estipulaba un testamento escrito en un troncho de madera

sempiternamente húmeda, Manuel Abelardo heredó al Señor Diapasón; tenía diecisiete años cuando comunicó a su madre que se iba de casa a recorrer el mundo a bordo de la efímera embarcación.

«¡Ay, que me da, que me da, ay, que me da, que me da!», repetía una y otra vez la vecina, la señora Rómula Picarda, gran campeona de canastilla, que es un juego de cartas un poco más sencillo que la canasta, y que era esta señora inseparable de la madre de Manuel Abelardo, especialmente desde la muerte del marido de su amiga, a quien en realidad nunca había aguantado por hacer escarnio de su humilde pasatiempo de naipes.

—Ya puedes sentirte orgullosa, Rómula, eres una fiera en un jueguecito para débiles mentales. Más vale cabeza de ratón, ¿cierto?

Y a Rómula se la llevaban los demonios.

Así como la señora Rómula Picarda se mesaba los cabellos ante la noticia, la madre de Manuel Abelardo se quedó tan terne.

—Pues muy bien, guapín. ¿Te esperamos para cenar o te vas ya?

Se fue al día siguiente.

Manuel Abelardo por su parte estaba muy lejos de ser un débil mental, en ningún sentido. Desde muy pequeño había mostrado interés por asuntos que normalmente hubieran escapado de su edad. Dado que se había visto eminentemente rodeado de mayores desde su llegada a este mundo, era tendente a la introspección y tras el cortinaje de sus dilatados silencios, su cabeza bullía

haciéndose preguntas acerca del funcionamiento del engranaje cósmico.

El legado del Señor Diapasón dio alas a su más secreta aspiración: llevaba años maquinando en su cabeza para convertirse en el hombre que antes diera la vuelta al mundo y lo quería conseguir por arte de magia o ciencia, que vienen a ser lo mismo, transitando un agujero de gusano tras otro. Entrando de uno, saliendo de él y entrando en otro y así. Los agujeros de gusano comprendían una teoría fascinante de la naturaleza del universo inspirados por la curvatura espacio-temporal que desde el día en que había oído hablar de ellos, o más bien, desde que había leído acerca de ellos cuando aún era un niño, le habían inspirado un tremendo entusiasmo y un quebradero de cabeza. Convencido de su existencia y su usabilidad, había determinado que los estudiaría y que un día podría valerse de ellos en sus travesías. ¿Cómo sería navegar a través de un agujero de gusano? No lo sabía. ¿Habría mar ahí dentro? No lo sabía. Pero estaba dispuesto a arriesgar su vida por responder a esas preguntas. Ser el primer hombre de la historia en dar la vuelta al mundo por mar y a través de un cadenaje de túneles de tiempo, dar la vuelta al mundo por mar y por teletransportación, ni más ni menos.

«Qué maravilloso», se decía mientras se visualizaba no ya tanto aclamado por multitudes extasiadas ante su extraordinario logro, sino más bien mirándose frente a frente al espejo y diciéndose: «Machote, donde pones el ojo, pones la bala».

Amante de la física y las matemáticas desde niño, formidable observador de la realidad circundante, de lo más grande a lo más chico, intrépido marinero e inspirado pescador, Manuel Abelardo, a sus diecisiete años y ya poseedor de una nave propia para ejecutar sus planes, se sentía preparado para su aventura. Antes de embarcar, se echó al petate todos los libros y escritos de física cuántica que había acumulado con los años y resolvió su partida con aquello que había dicho el Minotauro de que las musas le pillen a uno en faena, conquie a la mar se dio armado de valor, de esperanza y de ochenta latas de alubias.

No estaba oficialmente demostrado que el hombre pudiera crear agujeros de gusano por sí solo, pero Manuel Abelardo tenía la firme creencia de que esta posibilidad era en verdad un hecho factible, un propósito alcanzable. Su primera incursión como inventor dio como resultado un artefacto que bautizó con el colorido nombre de la ensanchinela y que se operaba a través de un sofisticado sistema de poleas, una radio y un embudo. La ensanchinela supuso un rotundo fracaso, pero no tanto un duro golpe en la moral creativa de Manuel Abelardo, que siguió haciendo experimentos en pos de captar la escurridiza masa negativa, la energía desenergizada o, como a él gustaba de llamarla, la potencia estrafalaria. Tras muchos años de intentos, algunos menos infructuosos que otros, dio con un apaño que si bien en sí no suponía la concepción de un invento, sí implicaba en cambio la ideación de un método.

Manuel Abelardo tenía una tortuga. Se llamaba Emanuelita, por razones más que obvias, y le había acompañado toda su vida. Ella había sido su amiga y confidente desde la cuna y testigo de su carrera física y metafísica: lo observaba impertérrita desde su diminuto estanque pasar las horas martilleando, leyendo, soldando y perdiendo los estribos ante la reiterada evidencia de su primeriza incompetencia, hasta que un día de pura casualidad le atizó la hasta entonces velada e inconmensurable valía de su legendaria mascota.

Tenía Manuel Abelardo dieciséis años y visitaba a su primo Gionni Gianini, de los Gianini de Nápoles, que estaban de vuelta de Italia, ya que la madre de esta rama de la familia, una mujer que no era italiana ni quería serlo, había empezado a sufrir de un tiempo a esta parte unos severísimos a ratos ataques de ansiedad y a ratos embolias cerebrales que tenían como causa el hecho de que los hidratos fueran su pan de cada día; esta era una hartura a nivel psíquico más que meramente dietético.

Pasta para desayunar, pasta para el aperitivo, pasta en el almuerzo, pasta en la merienda, pasta de cenar, pasta de recena, ¡pasta, pasta, pasta!

Y este comentario podía conducirla al colapso vegetal o al desquicio de nervios. Nadie sabía qué esperar con ella, pero todos sabían qué había que hacer y pronto: huir de la pasta. Poner pies en polvorosa y no volver a llevar a su presencia un solo macarrón más. Apenas estuvieron de vuelta, el marido se percató de que no soportaba a su esposa sana, que con sus ictus y sus histerismos le producía una lástima que le hacía en cierto modo quererla, pero que curada de sus dolencias le parecía simplemente inaguantable. De ahí que no tardara más de una semana en arreglar su regreso y el de su familia a Italia, so falso pretexto de unas pequeñas vacaciones, que despedaban con un viaje sorpresa en avión. Para que no reconocieran de antemano su destino, el señor Gianini condujo a toda su numerosa familia de trece miembros vendada por el aeropuerto, algo que resultó sumamente difícil, no solo por hacer de lazarillo de una masa de gente tan grande, sino porque las trayectorias de su mujer e

hijos, turbados por la excitación ante el viaje y por la novedad de circular con el sentido de la vista anulado en un lugar concurrido, se descarriaban más de la cuenta. Hicieron el viaje muy felices, ajenos a la tragedia que se les venía encima, ya que como era de esperar la señora Gianini se desplomó cuando, al aterrizar en el aeropuerto de destino, una empleada de La Cantina Calabrese se acercó inocentemente a ella ofreciéndole probar un plato de raviolis en promoción. Murió en el acto.

El breve paréntesis de reconstitución pre-mortem alejado de Italia no solo sirvió para dar a la pobre mujer un respiro antes de estirar la pata definitivamente, sino que también fue decisivo para agilizar los planes cuánticos de su sobrino.

El único sábado que ambos primos, Gionni Gianini y Manuel Abelardo, tuvieron la ocasión de jugar juntos, el segundo dio con una más que probable solución a sus investigaciones y esta le llegó de la mano de un cohete de vinagre y bicarbonato sódico hecho por su primo. Gionni Gianini era un experto pirotécnico, faceta que, además de los arsenales de pasta, contribuía a perturbar la calma de espíritu de su madre, por lo que aquella tarde se entretuvieron armando cohetes caseros para luego dispararlos en estela tricolor usando sales pigmentadas. Manuel Abelardo y Gionni Gianini habían llevado consigo a la cita a sus respectivas mascotas, Manuel Abelardo a su tortuga Emanuelita y su primo a su sapito Surimi. Hicieron buenas migas, entre anfibios ya se sabe.

Fue de la conjunción cohete-mascota que Manuel Abelardo haría su primer gran avance científico. Cuando

él disparó su primer cohete, la tortuga, que pululaba cerca por el césped del jardín de casa de los Gianini, abrió su boca y sostuvo la apertura ensimismada en el estallido de luces sobre su cabeza. Manuel Abelardo, a quien no se le había escapado la reacción de su pequeña amiga, quedó prendado no tanto de la reacción de la pólvora y las luces de colores, sino más de la negrura de las patidifusas entrañas de Emanuelita, tanto que, sin ser capaz de fabricar una explicación científica para ello, el muchacho sintió cómo su cuerpo dejaba aquel jardín y el mundo que hasta entonces conocía y su consciencia emprendía un viaje a través de la oscuridad de la garganta del quelonio en un túnel que parecía no tener fin pero que, poco a poco, descubrió que sí lo tenía al ir escuchando a través de sus paredes, cada vez más alta y cristalina a medida que en él se zambullía, una melodía que se le antojó celestial y, poco más tarde, distinguió una letra que decía así:

Los sapitos que se quieren no se hacen llorar. Mírame bien a los ojos, te lo tienes que aguantar.

Mi madre siempre dice:

«Niñito a ver si ya echas a andar».

Y yo le contesto,

«Calma, madre, para subirme al otro tren, de este me tendré que apea».

Y bogar y bogar y bogar del río al mar. Y bogar y bogar y bogar del río al mar.

Cuando abrió los ojos, Manuel Abelardo tenía cinco años y estaba en una siniestra peña musical donde se

topaba con la mirada de la niña que años más tarde sería su mujer.

Otro detalle curioso que rodeó a esta hazaña fue que Gionni Gianini no percibió ninguna ausencia material ni emocional en su primo, aunque le miró con extrañeza cuando tras un pestañeo Manuel Abelardo le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevo fuera?

Así Manuel Abelardo descubrió un par de cosas fundamentales aquella tarde. La primera, que con un cohete casero y su tortuga Emanuelita podía teletransportarse. La segunda, que al hacerlo quienes quedaban en la dimensión de partida del tránsito no registraban su marcha. Esa noche Manuel Abelardo no durmió de la ebullición, se revolvía en la cama, y ya al día siguiente se puso manos a la obra.

Testó el invento en su casa y la negrura de la tortuga le llevó al año 1886 al Festival del Queso Rodante de Gloucester. Luego probó en el campo: fue un esclavo romano en un latifundio, eso fue doloroso, tanto latigazo. También probó al borde del mar, en la playa, esa fue su favorita, fue una regresión atemporal ya que se encarnó en un pájaro, eso lo supo rápidamente con la altitud, la brisa, lo que atisbó de su plumaje... A falta de espejos o referencias humanas, nunca supo con exactitud ni qué época era ni con qué especie se hermanó pero hubiera jurado haberse convertido en un cormorán.

Estos éxitos le alentaron sobremanera en su estudio pero también planteaban grandes preocupaciones. La mayor era la falta de control sobre sus idas y venidas, le inquietaba quedarse atrapado en uno de sus viajes

astrales, especialmente en aquellos que dirigían sus pasos a contextos desdichados, ya que no sabía de qué dependía el que la energía lo trajera de un lado a otro. Mejor dicho: sabía lo que le arrastraba a la otra dimensión, pero no lo que le devolvía. Además no parecía tener voz ni voto en sus traslaciones, claro estaba que parecían todas estar relacionadas con el entorno que escogía para realizar sus experimentos; conviene clarificar que el Festival del Queso de Gloucester probablemente le vino traído porque, esa tarde en la que operó en su casa, su madre había comprado veinte kilos de queso de bola que atufaron la vivienda durante varios meses.

Otro detalle que le desconcertaba era por qué siempre retrocedía en el tiempo, cuando los libros de física aseguraban que eso era imposible y, sobre todo, cuando lo que a él le interesaba era adelantar hacia el futuro... ¿o de qué servía dar la vuelta al mundo tiempo hacia atrás? Cómo, en qué cabeza humana cabía, plantear una meta regresiva, una meta que se acerca conforme nos alejamos de ella. Su cerebro no estaba equipado para entender semejantes triquiñuelas metafísicas.

Durante ese año, se encerró en su propia torre erudita repartiendo su tiempo entre la mar y la habitación, o sudaba sobre las drizas o lo hacía sobre el papel. La única persona fuera de su familia a la que veía era a Prístino Rodríguez. Manuel Abelardo nunca le hizo partícipe de sus proyectos pese a que ganas no le faltaron en más de una ocasión, ya que temía que se fuera a burlar de él y a tacharle de insidioso espécimen cegado por los laureles de la ambición.

A veces Manuel Abelardo se lamentaba de no tener un confidente además de Emanuelita, alguien que fuera a dar opinión y quizás respuesta a sus frustraciones, pero una vocecilla sabia le decía que el hombre más fuerte era el que estaba más solo. Apenas dormía, comía poco y no se permitía distracciones frívolas, solo de cuando en cuando a su mente acudía como una mariposa fugaz la canción de *Sapitos Insurrectos* y con ella el recuerdo de la niña morena y de grandes ojos negros que había compartido con él su admiración por aquella divina tonada. Manuel Abelardo se sabía en el fondo un romántico y temía que sus metas se diluyeran como una acuarela en la memoria de aquellas dos oscuras albercas, por lo que cada vez que le sobrevenía, espantaba sus visiones de un manotazo como quien espanta una mosca en verano y volvía a agachar la cabeza para concentrarse en sus libros.

«Mis novias son los libros —se decía—, mis novias son los libros y mi mujer, la mar».

Fue una vez más por mera casualidad que daría con la solución de controlar el punto al que se dirigiría en la línea de tiempo. Durante un experimento, Emanuelita, que andaba fuera de su acostumbrado estanque, se movió de su sitio en un descuido de su amo, de tal manera que las luces del cohete cayeron frente a su boca y no por detrás de su espalda como había sucedido hasta la fecha, y la alquimia de contemplar los chispazos como una cortina de estrellas por delante de la negrura de su garganta obraron el milagro de teletransportar a Manuel Abelardo al futuro en vez de al pasado. Y no solo al futuro, sino al futuro del mismo lugar escogido para su

experimentación de aquel día, un callejón inhóspito cercano a su casa. Dada la estrechez del espacio, casi en un acto reflejo ante el despegue del cohete, Manuel Abelardo apoyó su mano en una de las paredes durante la ascensión del artefacto y se mantuvo así mientras las luces caían frente a Emanuelita, de tal modo que tras desafiar a la negrura del túnel del tiempo, el chico apareció en ese mismo callejón, solo que ahora era un callejón remozado, los olores del alcantarillado habían sido sofocados, los excrementos de rata, recogidos. Pocos segundos después de constatar cada uno de estos agradables cambios, apareció por allí un perro, Manuel Abelardo lo siguió por unas calles modernas como no había visto en su vida, ahora, completamente vacías, no había un alma en la calle. Le pareció todo un poco triste, un poco irreal, como un plató de cine o un escenario sin actores. El perro le condujo a la vitrina de una tienda cercana donde se podía ver un gran calendario que rezaba: «2020, Año Bisiesto».

Un coche de la policía con dos agentes con medio rostro enmascarado le sacó de su trance.

De este fue como Manuel Abelardo descubrió que, si posaba al menos una de sus manos —los pies al parecer no era suficiente— en la materia de su entorno, lograría ser capaz de regresar al mismo lugar de procedencia. Ahora solo quedaban dos preocupaciones. La primera y menos importante era: ¿cómo sería capaz de gobernar el barco si tenía que tener sus manos metidas en agua para poder volver a ese mismo mar de partida? Esto quedó solucionado en cuestión de semanas, sepan ahora que Manuel Abelardo es el inventor, aunque por desgracia

para la economía de su familia no el patentador, del piloto automático. La segunda preocupación la constituían los enormes saltos temporales que daba en sus fugas a otros mundos, ya que si quería llevar a cabo una travesía continuada, sostenida en el tiempo y en uno lógico para comprender una vuelta al mundo iniciada, pongamos, un veinticuatro de abril y terminada un veinticuatro de mayo, había de ser capaz de avanzar a zancadas, pero a zancadas mucho más cortas de las que había dado hasta la fecha.

Este último detalle fue de los pocos que suplió enteramente con su propio raciocinio y no auspiciado por la gloriosa coincidencia: descubrió que reduciendo la cantidad de bicarbonato y vinagre, su cohete volaba más bajo y si encima solo empleaba un solo color para sus sales, la progresión temporal era mucho, mucho menor. Todo era cuestión de cálculo y prueba, hasta que por fin dio con la mezcla adecuada para avanzar de cuatro horas en cuatro horas, suponiendo claro que uno estuviera en un punto estático, en movimiento la cosa podía cambiar.

Con todos estos cabos atados y bendecido con el regalo de Prístino Rodríguez, Manuel Abelardo marchó en busca de su bucle de gusanos. Despidió a su madre y a su hermano con un pellizco en el corazón, intuyendo y acertando que esa sería la última vez que los vería.

El hermano de Manuel Abelardo, Jerónimo Poncio, conoció muy temprano lo que era la desdicha. Había nacido durante el transcurso de una de las peores guerras que nadie recordaba, la guerra del Almizcle, que se desató debido a que por largo tiempo la raza humana había sido cegada con una vergonzosa vanidad, materializada en el consumo ostentoso de perfumes y cosméticos. Los precios de esta sustancia se habían disparado, la gente prefería gastar su dinero en obtenerla para su manutención más fatua que en la cobertura de una alimentación compensada o incluso en la cultivación de las artes y las ciencias, además que por supuesto la competitividad por el pulimento en el arreglo personal había motivado un desaforado individualismo, enfermizamente receloso de las posibilidades decorativas del vecino. Como consecuencia de ello, la generación a la que pertenecía Jerónimo Poncio supuso un paradigma de humildad y austeridad en la historia de la humanidad, pues es sabido que si el péndulo oscila drásticamente hacia un lado, en aras de la restitución de un balance, primero virará con la misma brutalidad hacia el otro lado antes de alcanzar su punto de equilibrio.

Durante la contienda, los padres de Jerónimo Poncio y él, entonces un bebé de apenas meses, se refugiaron en una granja propiedad de una mujer robusta y tuerta que leía el futuro con conchas. De dónde las sacaba en plena guerra, cómo nutría su siempre renovada colección, era a todas luces un misterio, pues en esos años no había

mucho comercio de bienes menores y menos de conchas y la granja estaba a millas y millas de la costa. La madre de Jerónimo Poncio la había conocido años atrás en la VIII Feria Mundial del Arcanismo, a donde había acudido como invitada de honor; este es un dato que jamás traspasó a los anales de la historia familiar y solo su marido lo sabía, ya que Angélica Miranda, ese era el nombre de la madre de Jerónimo Poncio y Manuel Abelardo, fue escogida aquel año en que se celebraba la octava edición como la mujer más bella y blancamente bruja de la Tierra. Entablaron Angélica Miranda y Prímula Vera, con este nombre se daba a conocer la vidente conchil, una gran amistad y en los años posteriores, en la novena, décima y onceava edición, fue a ella a quien Angélica Miranda, movida por la timidez y el recochineo, envió a recoger su premio, pues salió reelegida en esas tres celebraciones más con el mismo título. Como era de esperar, el galardón dejó de recaer en ella ante la reiterada decepción de las expectativas del aforo, al constatar que el premio a la hermosura y pureza lo recogía año tras año una señora con pinta de hombre. Más valía coronar a alguien menos lucido, pero con medios e interés mínimos de recoger el trofeo en propia mano.

Angélica Miranda, que si bien era la mujer más meliflua en su trato que nadie pueda imaginar, también era acuñadora de una sagacidad zorruna y un vistazo a Prímula Vera le bastó para calibrar que, aparte de tratarse de una buena mujer, le sería de gran ayuda en el futuro.

Pese a que la mudanza a la granja de Prímula Vera durante la guerra salvó la vida de su marido y posibilitó el nacimiento de Jerónimo Poncio, su primogénito fue víctima desde la cuna del abuso psicológico y físico del gato de Prímula Vera, un felino flaco y azabache, con ojos amarillos y lengua roja, que desarrolló contra él una inquina poco común en un animal, incluso en un gato. No hay bien que por mal no venga. Cuando gato y niño quedaban solos en una habitación, el gato saltaba despavorido hacia él y lo tiraba de la trona. El padre de Jerónimo Poncio, Jerónimo Horacio, un estandarte de virilidad y brío masculino, llevaba sumamente mal el que su hijo fuera un flojeras incapaz de mantener las posaderas en una silla.

—Este niño tiene que ser tonto. ¡Se cae sentado! —repetía a su mujer.

Nadie supo nunca la verdad sobre el acoso al que Jerónimo Poncio estuvo expuesto en sus primeros años de vida y esta incomprensión por parte del mundo modeló su carácter misántropo, además de que, por supuesto, el gato hubiera hecho de él un niño atacado por los nervios y los tembleques —verle servir el té a edad adulta era todo un espectáculo de alta tensión—, y estos rasgos de personalidad intentaron ser corregidos por su padre en cuanto la guerra cesó y pudieron reinstalarse en la ciudad en un modesto piso; ahora bien, emprendió esta tarea de adiestramiento con iniciativas de dudosa moralidad, y es que el campo de batalla le había dejado bastante tocado.

Al pobre niño su padre, a escondidas de su mujer, lo despertaba en mitad de la noche y le metía la cabeza en

el váter y daba a la bomba, mientras su hijo le suplicaba que al menos durante ese suplicio le dejara agarrarse a su mantita, la cual en los años de acoso se convirtió más en su amiga consoladora que en un simple trozo de tela. Otra cosa que gustaba hacer era poner al crío sobre la alfombra del pasillo para aventarle, solo necesitaba compincharse con algún amigo forzado y descorazonado que parara por la casa, cada cual se ponían en un extremo de la alfombra y la batuqueaban para que el niño saliera despedido. Añadámosle que el techo de la casa no era muy alto.

Y así pretendió hacerlo un hombre.

Como es lógico, estos intentos fueron cuanto menos contraproducentes y medraron en el carácter quebradizo de Jerónimo Poncio. Todo sea dicho, anduviera por ahí su padre o no, la facilidad que le acompañó de por vida para convertirse en una zona catastrófica ambulante era algo fuera de lo común.

Al cumplir los seis años entró animado por su madre a formar parte del coro de rondalla del colegio y como se hallaba en sus estadios de iniciación y la guitarra no se le daba demasiado bien, ese mismo año le dieron cabida en la función escolar navideña únicamente para hacer bulto en el escenario.

—Tú mueve los dedos y finge que tocas —le habían dicho.

Los encargados de su ubicación hicieron su trabajo con tan poca vista que cuando el telón, que era corredizo y de acero, clausuró la actuación, arrambló con él montado en su silla, al hallarse esta en un punto de la trayectoria de

cierre. Para mayor desgracia, el público, lejos de empatizar con su colosal pavor al verse arrastrado por aquella mole de titanio, pensaba que habían decidido cerrar el número musical con una nota cómica y todo el mundo aplaudía muerto de la risa ante ese niño que asustado y aterido en su silla era arrollado por una fuerza bruta.

La edad no mejoró las cosas.

Incluso en su viaje de novios fue víctima del infortunio cuando, por la vergüenza de no saber nadar y haber elegido un lugar de costa como nido romántico, le entraron unas diarreas tremendas y los médicos del hotel donde recalaban él y su recién estrenada esposa le aconsejaron tomar agua de Carabaña, remedio que resultó peor que la enfermedad porque en vez de curarle de sus fugas anales, le hinchó los pies como dos globos y tuvo que pasarse gran parte del viaje en cama como el hombre elefante sin poder moverse. Así que ni andar, ni nadar, ni nada, solo seguir defecando y padeciendo, eso sí, en este nuevo episodio estuvo al menos al cuidado de su devota mujercita, Rosario Rostropóvich, que de deliciosa era conocida por los muchachos de su barrio como la Coca-Cola.

Rosario Rostropóvich, una mujer de armas tomar, tenía dos debilidades: la laca de pelo y los hombres patosos. Fichó a Jerónimo Poncio una soleada mañana que él iba por la calle, ella caminaba por su retaguardia y no pudo resistirse al verle tropezar con sus cordones cinco veces en veinte metros.

«He aquí mi hombre», se dijo Rosario.

Y así fue.

Permanecieron casados y unidos como pocos matrimonios hasta el fin de sus días.

Jerónimo Poncio lloró al ver partir a su hermano; era un muchacho sensible y a él algo le decía también que perdía de vista para siempre a aquel otrora pequeño dictador a quien, sin embargo, pese a dominaciones y favoritismos paternos, quería de verdad.

Angélica Miranda, dueña de un carácter positivo de una consistencia insólita, no derramó una lágrima, tan solo se limitó a aconsejar a su hijo con un atino sin parangón:

—Zarpa, hijo mío, en busca de negras aguas, pues es en ellas donde encontrarás la auténtica felicidad. Dios te guarde.

La mañana de un dieciocho de octubre, cuarenta aniversario del fin de la guerra del Almirante, Manuel Abelardo tomó rumbo hacia el Norte que apuntaba su brújula, a toda vela hacia lo correcto. Como eterno recuerdo de su querida y audaz madre, llevó consigo las fotografías del tren de ganado, en las que se la veía joven, huesuda y feliz, y también del salón de recreo, donde vestía muñeca y lucía lozana; las guardó siempre en un sobre de tela contra su pecho, junto a su corazón. Estas imágenes ayudarían años más tarde a Raquela a imaginar quién había sido su abuela. Su otra abuela. La otra madre de su padre. Hasta donde ella sabía, la única madre de su padre era la abuela Truli, de ahí que Manuel Abelardo no compartiera con su hija aquellas fotografías hasta bien poco antes de morir, cuando él mismo hubo entendido diversos porqués.

Muchas de aquellas pequeñas láminas llegaron a las manitas de Raquela borrosas y untadas en sal, pero por fortuna el estado de casi todas permitía una buena apreciación de las escenas capturadas. Pasó horas analizándolas, achicando los ojos con toda la intención de dar cada vez con nuevos matices, con detalles que se le hubieran escapado a primera, segunda, tercera y cuarta vista.

Su preferida era una en la que se veía el rostro sonriente de su abuela asomando desde detrás de unas cortinas de medias que se afanaba en colgar sobre unos barrotes de un cobertizo en ruinas; las del interior del tren de ganado más bien parecían una ecografía donde cabezas de res y cabezas humanas conformaban sombras negras de difícil delimitación, uno no sabía dónde terminaba el contorno animal y dónde empezaba el de las escopetas, las guerreras y los rizos de su abuela.

Angélica Miranda había sido una niña de chuchería hasta el año en que cumplió los dieciocho y estalló la gran guerra. Criada entre los algodones de una familia pudiente burgo-rural, estaba poco curtida en penurias hasta que estas le atizaron en la cara sin piedad. Lo más curioso es que se supo adaptar a la catástrofe tan bien como lo había hecho a los ceñidos corsés con los que ella y sus hermanas bailaban a diario en el club social del que había sido socia vitalicia desde su nacimiento. De hecho, ella misma, habiendo podido escapar a París para hacerse la depilación eléctrica y de paso escapar del peligro de la

metralla, había optado por unirse al regimiento y acompañar a su marido en el campo de batalla.

El hermano mayor de Angélica Miranda, Mario Josué Alberto, un crápula de órdago, la apodó, no sin cierto recochineo, la Pequeña Coronela cuando hubo llegado a sus oídos la decisión de su hermana, y precisamente inoportuna era esa broma viniendo de la boca de quien venía, ya que él mismo años atrás, cuando hubo un pequeño brote de lo que sería la guerra de verdad, un preámbulo para ir abriendo boca, decidió alistarse de voluntario en el ejército, sin embargo, su inicial valentía y su implicación con la causa se esfumaron con el humo de los cigarrillos madreselva que le dieron a probar apenas llegó a la trinchera.

—¿Dónde está el cadete Mario Josué Alberto? — chillaba día sí día también su sargento.

Y a Mario Josué Alberto lo encontraban horas después, cuando ya habían silbado todas las balas, detrás de una roca o recostado en un árbol a salvo del fuego, flipando en colores y sin haber pegado un solo tiro.

Para desembarazarse de su pasión caduca, al igual que antes que él habrían hecho otros héroes románticos, recurrió a la solución autolítica pegándose un tiro en la muñeca para eximirse del deber militar, pero claro, la policía no es tonta.

Hubo un juicio.

Milagrosamente, Mario Josué Alberto salió bastante bien parado y solo gracias a la disposición de su madre, doña Pura, que antes de madre había sido meretriz y el viejo amor de media nación, incluyendo en esta mitad al

juez que llevaba el caso de su hijo. Impresionante es que esa mujer, a la que Angélica Miranda y el resto de sus hijos tenían por una mujer piadosísima y de alta alcurnia, había hecho su agosto ejerciendo la vida galante y había amasado tal fortuna debido a su talento natural en el catre que pudo permitirse extender un par de cheques llenos de ceros a dos conventos sin orden, con cuyos fondos pudieron establecerse no solo congregaciones hechas y derechas, sino también sus apañadas misiones por todo el mundo. La única condición que doña Pura puso a la estructuración de estas órdenes fue que ella escogería los nombres de las mismas, quedaron así concebidas las Esclavas y las Damas Negras.

Angélica Miranda fue alumna en uno de los colegios fundados por las Damas Negras; Crispula y Valentina, las otras dos hijas de doña Pura, en las Esclavas, y curioso es que a estas dos nominalmente la elección de colegio se destapó de lo más premonitoria, pues ya en edad adulta, Valentina fue esclava de su marido, un férreo militar que cosía a sus hijos a fustazos, y Crispula lo fue de su perenne enganche a la morfina.

Lo trágico de este asunto es que Crispula no buscó la droga, la droga la encontró a ella.

Iba Crispula una noche andando tan tranquila por la calle de regreso a casa tras un paseo antes de cenar, andaba segura por las calles de su pueblo, el sereno acababa de saludarla amigablemente, todo en orden, cuando dobló una esquina y dio de frente en la misma estrecha acera con un prófugo de un hospital psiquiátrico, un presunto adicto que iba por la calle pegando

jeringuillazos a todo aquel que se cruzara por su camino. Podemos decir que en la cabeza completamente ida de este energúmeno, el legítimo propósito con tamaño acto vandálico era granjearse la empatía del prójimo dándoles a probar de su propia medicina, en sentido literal. Una cosa de locos. El primer pico de Crispula fue de una persuasión voraz. Cuando al día siguiente volvió en sí de su sueño mitológico, su espalda pegada contra el adoquín del suelo, solo alcanzó a decirse:

«Esto... ha estado mejor que bien».

Y así se desató su idilio. Su chiste sin fin, su cárcel de agujas, su entierro en vida. Enviaba al pobre e inocente Jerónimo Poncio cuando lo pillaba por banda para que fuera a la farmacia con recetas por guardarse del qué dirán, eso cuando había receta, cuando no, se echaba algún amante visitador, médico o enfermero y cuando ya no estuvo para muchos juegos de seducción, empezó a robar para costearse su vicio a través del trueque. Como era poquita cosa, solo se sentía preparada para hurtar triciclos, los vendía por piezas. Es increíble el mercado negro que hay en torno a la juguetería infantil. Perseguida en cinco comarcas, finalmente la apresaron. Por momentos pareció que el círculo se cerraba cuando ella misma fue enviada a un hospital psiquiátrico para tratar su drogodependencia, sin embargo, logró burlar la seguridad del centro una noche junto con otra compañera de celda. Ataviadas las dos en camisón y zapatillas, saltaron el muro y echaron a correr campo a través hasta la carretera más próxima donde un camionero, al que hicieron favores íntimos durante todo el trayecto, accedió

a llevarlas. Acabaron en un pueblo muy remoto, famoso por sus asados de perdiz trufada, allí conoció a un poeta juglar, todo dulzura y dulzaina, del que se enamoró sucintamente, él de ella por su parte se enamoró a lo rapsoda, hasta las trancas, por lo que intentó corregir la debilidad de su querida a base de tratamientos de hipnosis Goliarda, pero todo fue en vano. El feliz trovador acabó hecho trizas y ella ni se dio cuenta de esto de la permanente tajada que llevaba. Poco más se sabe de ella. Se sospecha que el trovador se tomó la justicia por su mano y puso fin a su propia existencia al darse de bruces con la realidad: que el corazón de su amada pertenecía a un dios salvaje y contra eso un simple mortal en mallas no podía luchar. También se especula que ella tomó nota de su amante e hizo lo propio cuando lo encontró ahorcado a un árbol, aunque también hay quienes sospechan que el mismo juglar, colmado de un sí no es conmigo no es con nadie, fue quien ajustó cuentas por los dos.

Angélica Miranda era la gran esperanza de su familia, aunque de nadie escondía su alma rebelde. A los tres años, se enamoró de su cuarentón tío Monti, conocido así por todos por lo mucho que le gustaba lo de montar, pero siendo en realidad su nombre de pila Evaristo Evangel. El que una niña se enamore platónicamente de una figura autoritaria y paternalista no es algo tan rocambolesco. Lo que escandalizó a todos fue que el tío Monti también se enamorara de ella, de una niña cuasi asexual; con el primer periodo de Angélica Miranda consumaron su prohibido idilio.

Durante años la familia creyó que los juegos sádicos que a ojos de todos sometía el tío a su sobrina cada vez que iba de visita no eran la gran manzana de discordia que en realidad eran, por muy sui géneris que algunos de estos resultaran, como el pinzarle la naricilla con su prendecorbatas y darle más dinero cuanto más tiempo aguantara con él puesto o sostenerle una aguja mojada en peppermint sobre su lengüecita de mortadela sacada al fresco, dejándola horas y horas esperando con la cabeza entornada al cielo como una estatua griega a la espera de que la gotilla del divino cáliz cayera sobre sus papilas. Por mucho tiempo la estuvo apodando la de la jarrilla, al darse cuenta de lo mucho que le gustaba desde tan pronta edad a su sobrina el mentolado licor.

Cuando Angélica Miranda cumplió los dieciséis años, el tío Monti quiso formalizar su relación y pidió la mano de su sobrina en matrimonio a doña Pura, la cual puso el grito en el cielo, ella que tanto había visto y hecho en sus buenos días, y le compró a su hermano un pasaje a Perú, país donde acabó sus días casado con una mulata a la que en familia y en la distancia se referían como la Coneja, ya que le dio a Evaristo Evangel once hijos con diez dedos en los dos pies y diez en las dos manos.

Angélica Miranda se encerró en su cuarto durante un año. La criatura salió de allí con el pelo largo hasta los pies, la piel tan transparente que se podía identificar perfectamente su circuito sanguíneo, incluso el venaje que bañaba su bella cara, dando la sensación de estar esta entera tatuada, las uñas enrolladas sobre sí mismas en espiral de caracol y los ojos sin brillo, sin vida. Raquela

tenía una foto de Angélica Miranda de esa guisa y sentía una oscura fascinación por esta instantánea, aunque por alguna razón no se atrevía a mirarla por más de un minuto pues le abría una grieta que no se veía capaz de poder cerrar.

Al verla en este estado decrepito, su madre pegó un chillido y se desmayó. Doña Pura pasaría el resto de sus días en cama sin hablar con nadie, alimentándose solo a base de yogures y leyendo sin parar a Foucault. Sobrevivió muchos años en este placentero encierro, de hecho a ella llegó alguna que otra alegría que se limitó a celebrar con una pequeña sonrisa desde la almohada, como el matrimonio de Valentina con Jamincito, el militar de la fusta, aunque doña Pura nunca supo cómo se las gastaba su yerno de puertas adentro, o el matrimonio de la niña de sus ojos, su bala perdida de nuevo encarrilada, Angélica Miranda con Jerónimo Horacio.

Jerónimo Horacio era el nuevo galán de la ciudad, venía de Portugal y era el primogénito de una acaudalada familia, propietaria de una prosperísima fábrica de harinas, Harinas Cospeito, a cuyo centro de operaciones habían calzado una regleta de ruedas y habían trasladado, a rato a mula a rato a motor, después de realizar un estudio de mercado que aconsejaba su reubicación. Guapo como un demonio y de carácter altanero, todas las muchachas de la zona cayeron rendidas a sus pies ante la golosura de su fortuna y los relatos que se filtraban acerca de sus profanas costumbres de circular por la planta baja de su mansión en motocicleta, de lo enorme que eran los pasillos de esta o de tirar a las doncellas con cofia a la

piscina si el té no estaba a su gusto, lo cual sucedía a menudo. Todas las muchachas suspiraban por estos encantos, todas menos Angélica Miranda, aún de luto por su sátiro tíoexpatriado.

Jerónimo Horacio se enamoró de ella nada más verla un día salir al balcón, vestida con una muselina, aureolada con su pelo lacio y su infinita languidez; parecía un personaje de cuento, una ninfa, un ser sobrenatural. Jerónimo Horacio se paró en mitad de la calle para contemplarla bien, creyó que estaba teniendo alucinaciones hasta que ella posó sus ojos en los del que se convertiría en su marido. Él le sonrió y ella dio media vuelta y se encerró de nuevo en su cuarto. También le había gustado. Pero tontamente creía deberse a la memoria de su tío. Al menos de eso intentó convencerse con serias inseguridades por un tiempo, hasta que pocos días después de aquel encuentro llegaron a sus oídos, por favor de las finas paredes, la noticia de la mulata y de la camada de hijos peruanos, y la primicia activó un resorte dentro de ella que la impulsó de inmediato a salir a la calle a la peluquería y comprarse un vestido dorado con el que epató aquella misma noche en el salón de recreo. Cuál sería la sorpresa de Jerónimo Horacio, que informado de la membresía de su amada y de su antigua costumbre de asistir a esas reuniones sociales con asiduidad, se dejaba caer tarde tras tarde a la espera de que esta apareciera, cuando de repente la vio entrar por la puerta envuelta en rayos de sol. Se apresuró a pedir la venia en su carné de baile. Ella ya lo había rellenado por él, le había adjudicado todas y cada una de las piezas.

Dieron vueltas y vueltas toda la noche, ajenos a que existiera un público, un salón de recreo, un mundo más allá del que cada uno encerraba en sus ojos. Salieron del lugar prometidos. Dos días antes de casarse estalló la guerra.

En los trescientos sesenta y siete días que Angélica Miranda pasó en su cuarto, confirmó su poder. Y fue necesario este aislamiento para entender que nada de lo que había conocido hasta entonces, de la mano de su familia, de la mano de la sociedad y el talante de su época, le servirían en su realización personal.

Igual que hay visionarios que se adelantan a su tiempo, existen personas con almas antiguas, obsoletas dirían algunos, ancladas en días pasados, que no pueden más que chocar contra el muro de la realidad que los contiene: por mucho que intenten aliarse con ella, no existen cuerdas que anuden sus espíritus al hoy por hoy, a lo que algunos también gustan llamar actualidad, y suele ser esta gente, la que hace uso de este particular término, la que tacha frívolamente a las almas antiguas de poco prácticas.

Por inconveniente que a priori este presentimiento pudiera parecer, Angélica Miranda no le dio la espalda, sabía que su poder y su fuerza manaban de la energía liberada en su abrazo al pretérito, era lo que era, así le había tocado vivir. Durante su encierro, privada de todo contacto con los estímulos que la habían acompañado desde niña, fue consciente de la importancia vital de la no negación, del autorreconocimiento despojado de miedos y juicios, de la propia voluntad. Había crecido en una familia de cariz frívolo y libertino que nunca había discutido la espiritualidad o la ciencia en torno a la mesa o en ninguna otra parte, no cuestionaban sus existencias,

qué había detrás de las cosas, qué magia se escondía detrás de una flor o de un número.

—Cuando pienso en el espacio, me mareo —oyó decir alguna vez a doña Pura.

Con esta clase de testimonios se zanjaba la cuestión y toda posibilidad de discutir nada más allá del peinado o los zapatos que llevarían a la fiesta de primavera de Carmita Pinteño.

Durante su ostracismo, Angélica Miranda, que ya llevaba tiempo en secreto sospechando que el mundo tenía más que ofrecer que faldas de tul y partidas de bridge, corroboró sus sospechas. Ahora bien, lo que no podía esperar es que ella fuera poseedora de un don como el que le había sido concedido, que en esos tiempos de reclusión se manifestó con la atroz intensidad de una corriente de agua que rompe la piedra.

En la séptima noche que pasó en su habitación, un crujido despertó a Angélica Miranda de su sueño. Era la puerta de su armario que se abría con timidez. Era un armario de tres puertas, de roble macizo, que ella recordaba haber cerrado con llave antes de echarse a dormir. La ventana que daba a la calle estaba cerrada, no fluía corriente de aire alguna que hubiera podido accionar su apertura. Poco tiempo tuvo para poder ordenar todas estas nociones en su mente, ya que de la negrura del armario surgió una sombra; era un ser translúcido pero se movía como un hombre, era un hombre, un hombre corpulento pero estilizado a quien no conocía, a quien no había visto en su vida, tan solo ataviado con unos gayumbos azul oscuro. Primero se dirigió a la ventana,

contempló la calle quieta y vacía por unos minutos y, después de girar su cabeza hacia ella, se acercó a su cama lentamente y se sentó en un costado. Ella pudo sentir el peso de su cuerpo en su cama y él sonrió y empezó a acariciarle la frente mientras le hablaba en susurro palabras que no era capaz de discernir. Estaba muerta de miedo, pero sobre todo de fascinación, no movía un solo músculo, no quería que aquel momento acabase. Reunió valor y alargó los brazos al cuerpo de ese hombre hecho de aire que, sin embargo, parecía muy real. Creyó que iba a dar con la masa muscular de sus hombros, de su pecho, pero tras sacudir los brazos en un frenesí en aumento, la sombra se desvaneció y el armario se cerró.

La noche siguiente Angélica Miranda se acostó más nerviosa que una niña en Navidad. Estuvo tiempo intentando mantenerse despierta, pero nada sucedía; otro rato intentó dormirse, tampoco lo conseguía. Tres horas después de meterse en la cama, concilió el sueño, esa vez nadie rondó su alcoba. No tardaría en caer en la cuenta de que el quid del milagro es que este es inesperado. En los días posteriores, en vistas de que su visitante no volvía a hacer acto de presencia, se intentó convencer de que habría soñado todo aquello, no fue hasta pasados otros siete días desde la primera aparición que volvió a escuchar cómo la puerta del armario se abría a sus espaldas. Helada bajo las sábanas no se atrevió a moverse y mientras clavaba su mirada en la pared, exquisitamente turbada notó cómo alguien se recostaba junto a ella en la cama y se pegaba a su espalda, entonces una suave ventosa se adhirió a su nuca. Angélica Miranda catalogó

en seguida ese concentrado escalofrío: era sin duda un beso de aire. Aún segundos después, el peso del visitante seguía mullendo el colchón y reuniendo todo el coraje del que pudo echar mano se giró y quedó frente a frente con el mismo hombre hecho de sombras que la había visitado días atrás. Le clavó los pozos sin fondo que tenía por ojos y levantó su mano para pasársela a Angélica Miranda lenta, lenta, lentísimamente por el óvalo de la cara, como si en ese momento estuviera creándose allí mismo. Cuando hubo terminado su ronda, ella acercó su rostro al del misterioso huésped imitando su reverencia calmada y en el momento en el que fue a darle un beso en los labios, el denso vacío que llenaba a aquel hombre se deshilachó en el vacío mayor y más ligero de la habitación y ella cayó en un sueño profundo como nunca antes le había sobrevenido. Durmió toda la noche con una pequeña sonrisa en la boca.

Aquel año tendría otras visiones, ya no solo durante la noche, también durante el día, imágenes que trepaban por las paredes de su cuarto. Vio un niño zarpando de un puerto en su barquito de vela, vio una niña explorando una casa medio en ruinas, vio una feria repleta de personajes mágicos como ella, vio campos asolados manchados de sangre, vio un coro infantil tocando la guitarra y un piso feliz y modesto. Pero los cuadros oníricos que se le presentaron en sus dos primeras noches de visiones, las que abrirían su mente y su corazón de por vida a un don místico fuera de los límites de lo ordinario, se repitieron en carne y hueso en su noche de bodas.

Jerónimo Horacio, tras hacer el amor por primera vez a su esposa, ataviado con tan solo unos calzones oscuros, se acercó primero a la ventana que daba a la calle, en cuyo balcón había visto a su mujer por primera vez, y luego se sentó en la cama donde le esperaba su esposa; esta vez, cuando ella le lanzó los brazos, él no se desvaneció, se abrazó a ella por la espalda y selló su nuca con un beso. Luego ella se giró, él le pasó la mano por la cara, ella respondió con un beso y él haciéndole el amor por segunda vez.

La primera vez que cruzaron las miradas, Angélica Miranda, subida en su baluarte de hierro, había reconocido de inmediato al que se convertiría en su marido y no le cupo ninguna duda de que aquel hombre que la miraba extasiado desde la calle era la sombra que la había estado visitando desde el día en que había dado la espalda al mundo. Aquel encuentro la turbó por varias razones. Hasta entonces no había recibido señuelo alguno que la orientara en la comprensión de su don. El ver que su recurrente visitador nocturno en verdad existía sabía que tenía que significar algo. Lo que es más, esa mañana que coincidió con su futuro marido de carne y hueso, al retirarse a su aposento turbada por el descubrimiento, se percató de que su camisón blanco tenía una mancha roja a la altura del pecho, se apartó la ropa y descubrió que sobre su corazón se había abierto una herida minúscula que, pese a su tamaño, sangraba con ímpetu.

Con todo, nadie es del todo divino ni nadie es del todo profano, ni el mismo Dios, de ser del todo divino probablemente no tendría sentido del humor, y por esta

razón a Angélica Miranda, mujer anclada en el pasado no solo en lo que a su ancestral sabiduría concernía, sino también en su con frecuencia preocupante predisposición a dar nuevas oportunidades a estructuras que le habían fallado en el pasado, le costó admitirse que su destino no estaba en esa habitación, ni en el recuerdo del tío Monti, sino en los brazos de aquel amante intruso hecho de sombras, mirándola desde la calle hechopiel.

Jerónimo Horacio no solo obtuvo un permiso para incorporarse al ejército con dos días de retraso, sino para llevar consigo a su mujer. El sargento a cuyo cargo estaba el pelotón al que había sido asignado era uno de los hombres más idealistas y románticos que se registran en la historia armamentística, de hecho su nombre figura en la *Gran Enciclopedia de Paradojas*, y sopesando estos marcados rasgos de espíritu, los que ordenan de arriba estuvieron a punto de eximirle del servicio tras un test psicotécnico, pero tenía tan buena puntería que el Ministerio de Guerra decidió que la balanza se inclinaba a favor de su mantenimiento. Gustavo Adolfo Espronceda, así se llamaba el sargento, no dudó ni un segundo en permitir a su soldado que su valiente mujercita le acompañara, a él y al resto del regimiento durante la contienda, dejando el pabellón de su bien conocida insensatez bien alto.

Al aparecer Angélica Miranda por el cuartel de operaciones, con su trajecito de chaqueta de buen corte y buen paño y sus piernas de gacela, a los soldados se les hicieron los ojos chiribitas:

—¿Es usted una artista de cine?

Y Angélica Miranda reía zalamera sin desmentir ninguna posibilidad. Lo cierto es que sí que les cantó canciones y contó cuentos cuando la ocasión lo permitía. También lavó y cosió heridas y viajó como un recluta más en trenes de ganado entre montones de heces y paja, piojos grandes como escarabajos se descolgaban por sus

mechones de pelo como escaladores en miniatura. No obstante, Jerónimo Horacio, que estaba loco de amor por su sin par esposa, procuraba asegurarle un mínimo de confort en todo lo que podía.

Cuando una noche descubrió que el trasero de su mujer estaba plagado de picotazos de mosquito y esta le confesó que los tábanos se la estaban comiendo viva, Jerónimo Horacio robó una butaca de un cine abandonado cercano a donde paraban, le hizo un agujero en el asiento y lo instaló en un cobertizo para que así pudiera atender a la llamada de la naturaleza ilesa. También insistía en darle su mendrugo de pan del almuerzo en vez de comérselo él, y eso que la alimentación era lamentable y exangüe, a lo que por supuesto Angélica Miranda se negaba.

—Ángel mío, toma este mendruguito.

—Ay, amorcín mío, cómo me lo voy a tomar yo, si tú eres el que ahora tienes que luchar, tienes que comer bien.

—Anda, anda, no seas tontina y comételo tú, que a mí me alimenta más el vértelo comer a ti.

—Tonterías, mi corazón de melón, melón, melón, cómetelo tú.

—Que no...

—Que sí... Para ti, mi tesoro.

—Que no...

—Para ti, mi terrón.

—Que no...

—Pero si es tuyo y solo tuyo, mi cielo de almíbar.

—¡Angélica Miranda de la Rúa-Aristin, no insistas más, el mendrugo es para ti! ¡Sí o sí!

Y a veces hasta acababan a tortas por querer hacerse un favor. Luego lo solucionaban entre las sábanas, sus culitos juntitos y hechos llaga. Los soldados bautizaron esa habitual comedia como el Show del Mendruguito, una pantomima que nunca fallaba a la hora de levantar la moral de la tropa. A veces incluso, cuando veían al personal muy alicaído, esposo y esposa acordaban entre bambalinas una representación. Cuando ya la guerra pasó y Angélica Miranda y Jerónimo Horacio se mudaron al pisito donde nacería Manuel Abelardo, pudieron llevarse a la boca algo más que mendrugos; amantes del dulce como eran, los dos continuaron las funciones a la mesa, dejó de llamarse el Show del Mendruguito para llamarse el Show del Pastel. Esta tradición también la heredaron sus hijos, en especial Manuel Abelardo, que siendo como era un enormísimo goloso y un gritón formidable, siguiendo los pasos de su padre, sostenía el tira y afloja de su madre hasta perder completamente la paciencia, solo que con un estilo más rudo y brutal.

—¡Mamá, cómete el puñetero pastel de una maldita vez! ¡Hostia!

Y Angélica Miranda claudicaba con una sonrisilla entre santa y perversa cincelada en sus labios de abeja. A ella, en cambio, nunca se le oyó una voz más alta que otra. La gente dudaba que supiera chillar. No lograba sacarle un gritillo ni el que una rata pasara por su lado, ni el que los soldados la espieran a través de las cortinas de medias que improvisaba sobre los barrotes de los barracones para cambiarse, ni tan siquiera se la oyó gritar cuando su

marido fue herido fatalmente en una encarnizada en la sierra de Filloas.

Esperaba ella siempre cerca de la trinchera a que regresara el pelotón, fuera la hora que fuera. Aquella noche, antes de que su marido partiera, tuvo un pálpito, supo que algo terrible iba a suceder. Le pidió que se quedara, que se fingiera indispuerto.

«Pero, ángel de mi vida, ¿es que te casaste con un moña?».

Y con las mismas Jerónimo Horacio se marchó. Aquella noche no regresó, fue ella quien fue a por él. El momento en el que su marido recibió el disparo lo sintió como si la bala hubiera perforado su propio pecho. Salió corriendo campo a través y se lo encontró tirado en una zanja, moribundo, perdiendo sangre a ríos. Acarreó con él y haciendo acopio de una fuerza hercúlea, sobre todo si se considera la muchachada de su complexión, lo arrastró hasta la cama donde ellos dormían, más catre de paja que nada y conocido entre los soldados como «el jergoncito de los pocholines»: los hasta la fecha baños nocturnos en él compartidos de repente ahora teñidos de sangre. Pasó toda la noche y todo el día siguiente cuidándole sin descanso, cambiando vendajes, desinfectándole la herida, poniéndole paños en la frente para bajarle la fiebre, mientras él deliraba sin cesar.

Angélica Miranda pidió a Gustavo Adolfo Espronceda beneplácito para trasladar a su marido a casa de una amiga que vivía no muy lejos de allí y así poder recuperarse con más eficiencia. El sargento firmó el permiso con gusto, conmovido y, por supuesto, completamente seducido por

la garra de esa efímera mujer que parecía no achantarse ante nada. Angélica Miranda montó a su inválido marido en un carro al alba y condujo sin hacer una sola parada hasta la granja de su amiga Prímula Vera, a quien había conocido durante su autoarresto domiciliario desde las paredes de su dormitorio y con quien ya le unía una estrecha amistad telequinética.

Prímula Vera enseñó a Angélica Miranda todo lo que sabía de raíces, bayas, micología, ungüentos y pociones curativas, de reiki y de ayurveda y entre las dos mujeres lograron devolver a la vida a Jerónimo Horacio.

Apenas Jerónimo Horacio estuvo repuesto, pudo salir de la habitación y pasear por la granja y sus lindes, Angélica Miranda enfermó de vómitos, pero estos no eran causados por el enorme esfuerzo aparejado a sus labores sanitarias, ni tan siquiera a la inquietud contraída por culpa de aquella guerra, sino a la repulsión que desarrolló por las gallinas ponedoras del corral.

—Ah —chasqueó Prímula Vera—, este bollo está preñado.

Efectivamente, nueve meses más tarde nacía Jerónimo Poncio, un niño a priori sano, no obstante, pronto echado a perder al convertirse en el blanco de los abusos del gato de Prímula Vera y más tarde en los de su padre. Doce meses después de su nacimiento, se firmaba la paz.

Treinta y siete años después del nacimiento de Jerónimo Poncio, su hermano pequeño se echaba a la mar. La luz del alba rasgaba la vela de un catorce de abril sondeando el aire tibio de la mañana a una velocidad media de veinte nudos. En estas lides se dirigía Manuel Abelardo con confianza hacia su destino.

Había acordado consigo mismo que hasta el segundo día a bordo no daría rienda suelta a la ejecución de su plan metafísico, quería permitirse al menos un día limpio para gozar de su travesía, del mar en puro estado, del manejo de sus escotas, sin más preocupación que las de un patrón cualquiera. Hacía tiempo que no se daba a la mar con la sencillez del disfrute por el disfrute: este espíritu liviano había quedado relegado tras iniciarse en su carrera hacia la posteridad y, a decir verdad, lo echaba de menos.

«Solo un día —se dijo—, un día no más».

Manuel Abelardo era un hombre de límites bien marcados.

Las prestaciones atmosféricas eran inmejorables. Bajo un sol como una moneda nueva, un viento favorable a su rumbo y una temperatura de jersey fino, Manuel Abelardo se sentía bendecido por los dioses y veía todo aquel formidable comienzo impregnado de buenos augurios.

Emanuelita, instalada en el camarote que hacía las veces de dormitorio, uno que nadie usaría, también parecía gozar de un humor excelente. Hasta le había parecido registrar una pequeña sonrisa en sus inexistentes

labios, un estremecimiento de felicidad en sus ojillos siempre avizores.

El primer día Manuel Abelardo comió espinacas hervidas, pechuga de pollo, un par de huevos duros con mayonesa y además devoró medio paquete de galletas de canela con su leche de la noche.

«Un día es un día», concedió.

Aquella noche, como las siguientes por venir, durmió a cielo raso en la bancada próxima al timón y concilió un sueño tardío bajo el cielo cuajado de estrellas. Andaba, como es lógico, algo nervioso, algo intimidado ante sus proyecciones de futuro inmediato y, por supuesto, ante los alcances que estas podían tener.

«Tranquilo, muchacho», se decía a sí mismo; en su cabeza, la voz que sonaba imitaba a la de su padre, «mano izquierda, muchacho, mano izquierda».

Una estrella fugaz cruzó el cielo a toda mecha, Manuel Abelardo pidió un deseo, uno que jamás revelaría a nadie, y se durmió mecido por las olas de un mar gloriosamente en calma.

Al día siguiente, como suele ocurrir, abrió los oídos antes que los ojos. Su oscuridad escocía a gaviotas. No tardaría en descubrir que había una apostada sobre el timón, a su lado, observándole, como velándole el sueño. En cuanto Manuel Abelardo se incorporó la gaviota echó a volar soltando el alma en un grito y escaló el aire hasta unirse a la bandada que nevaba sobre el mástil. Quedó unos segundos traspuesto cautivado por la belleza tan límpida de aquellas nubes musicales.

Salió de su trance y rápidamente se irguió, comprobó su posición y demás marcadores, se cercioró de que la radio funcionaba como debía y bajó a la cocina rápidamente a prepararse un café. El hoy salía gemelo al ayer, una mañana fresca y lozana de mejillas como manzanas de sol.

Llevaba Manuel Abelardo media hora de gobernanza cuando se percató de que la estela de gaviotas que aquella mañana techaban la cima del Señor Diapasón seguía ahí arriba sobrevolándolo, como si estuvieran a él atadas por hilos secretos. Un pálpito le insinuó que, mientras pudiera, había de tomar a esa familia de gaviotas como su brújula y así lo hizo.

Llegó la hora D, las dos de la tarde, del quince de abril, hora que había establecido, a través de un complejo cálculo matemático, sería óptima para llevar a cabo su primer viaje en el tiempo. Todo estaba listo. Su posición en el plano marino, anotada, Emanuelita en la proa, en el punto donde debía estar con respecto al cohete, el cual se hallaba dispuesto también en el lugar preciso para que su trayectoria no enfrentara el peligro de rasgar ninguna vela. El reloj marcaba la una y cincuenta y ocho minutos y Manuel Abelardo movió la aguja de su vinilo de arpa en el gramófono. La música, y muy especialmente la música de arpa, no era solo para Manuel Abelardo una enormísima pasión que había abanicado su alma desde que tenía uso de razón, sino que le valía en este caso de mecanismo de control y confirmación de sus avances, de marcaje temporal. Se había hecho con un vinilo de arpa de una duración prodigiosa, cada cara del disco abarcaba

cuatro horas de compases y compases de música celestial y aparte de los instrumentos a bordo pensados para arrojar datos de la posición del barco, Manuel Abelardo había resuelto complementar toda esta ciencia con un poco de arte. Por lo pronto era solo un tanteo, y ciertamente algo innecesario puesto que esperaba que al avanzar en el tiempo sus relojes, tanto de pulsera como el propio del barco, incluso el del que pendía allí arriba en los cielos, también mutaría, pero le pareció una argucia divina el emplear la música como una forma más de cerciorarse de sus saltos en el plano cósmico.

El vinilo que había escogido como referencia recogía gran parte de la producción de Turlough O'Carolan, cuya primera composición era *Captain O'Kane*, elección por la que se felicitaba en silencio de su buen tino al juzgarla sumamente apropiada. Colocó la aguja en el borde exterior del disco y este comenzó a girar y a emitir aquella música celta que tanto lograba emocionarle. Al son de este ritmo, Manuel Abelardo encendía la mecha del cohete, que salía despedido al cielo cayendo en un río de miles de luces de color naranja por delante de la boca de Emanuelita, a cuyo interior oscuro e infinito, él a cuatro patas frente a ella, ataba los cabos de sus ojos, dos cántaros colmados de esperanza.

El aire estalló en una luz arrolladora y el mundo fue magia. Cuando Manuel Abelardo regresó en sí, en su sí siguiente, sonaban los acordes de *O'Carolan's Dream*, la última canción de la cara A del vinilo. Comprobó pues su reloj de muñeca y luego el de los controles: efectivamente, su ahora eran cuatro horas después.

Manuel Abelardo explotó en un pletórico grito de victoria, saltaba por la proa del barco, Emanuelita lo observaba tranquila y sabedora, también dueña de una gran satisfacción, pero, en su caso, comedida, silenciosa, muy estable. Manuel Abelardo cuenta este como su momento de alegría más rebosante, más picuda y arrasadora. Cuando estuvo contento con la cantidad de botes que dio a lo largo de la quilla, quitó el piloto automático y tomó con una garra sin parangón el timón, y aún entonces seguía aullando cual lobezno.

Según sus cálculos, había recorrido casi veintitrés millas y la fiel nube de gaviotas seguía coronando el mástil de su barco. Todo un éxito. Todo alado. Todo nutritivo alimento para su confianza en que aquella complicada empresa atracaría su crepúsculo en buen puerto.

Conforme pasaban los días, la espuma le traía nuevos hitos con los que vanagloriarse, mejorías progresivas en sus marcas mediante el aumento de la velocidad; detrás de la cortina esotérica, le esperaban sus deseos hechos realidad, su rumbo siempre era el deseado, su seguridad engordaba.

En apenas cinco días había peinado todos los cabos y golfos de la margen oeste africana, hasta llegar al cabo de Buena Esperanza y bordearlo. El sol, cansado de su jornada, le recibía justo antes de ponerse el pijama a diez millas de la costa de Madagascar. Manuel Abelardo nunca había sido más feliz en su vida.

Se congratulaba de su buen tino a la hora de haber calculado las provisiones, de su manejo naval, de su agilidad física, de su sentido de la oportunidad a la hora de escoger el momento idóneo para efectuar sus desplazamientos tubulares, sin embargo, su humildad y su experiencia en este mundo le susurraban con una vocecilla en un timbre entre lo benigno y lo malicioso, que el hábito no hacía al monje, que aún no estaba vendido todo el pescado, que existe lo que llaman la suerte del principiante y que ningún gitano quiere que su hijo tenga buenos principios.

Una noche, la tercera para ser exactos, cuando fondeaba cerca de la isla de Santa Elena, tuvo un sueño desasosegante. No recordaba mucho más que el verse a él mismo de niño armado de una brocha gorda y pintura blanca, escribiendo sobre una pared de ladrillo un gran

letrero de cuatro palabras: «NUNCA LLEGARÁS A FRANCIA». Tras curvar el pequeño Manuel Abelardo la barriga de la última a, arrojaba la brocha al suelo, haciendo que la pintura blanca le salpicara en la cara, lo cual le producía una risa espeluznantemente ratona. Se despertó empapado en sudor y con el eco de aquella carcajada metálica en sus oídos, no obstante, los éxitos rotundos de los días venideros le espantaron los fantasmas y ya no volvió a tener ninguna pesadilla.

Otros cinco días más tarde, Manuel Abelardo ya navegaba por Indonesia. Su viaje estaba superando toda expectativa. Exactamente iba cinco días por delante de sus mejores sueños. Desde un inicio, Manuel Abelardo planteó una vuelta al mundo particularmente ambiciosa: su intención distaba de ajustar la trayectoria del Señor Diapasón a la línea del ecuador, sino que, debido a la ejecución paralela de sus planes metafísicos, sus movimientos estaban sujetos a una mayor incertidumbre; esto se podía traducir en un mayor descontrol en muchos aspectos pero también en una mayor libertad, y a pesar de que su barco describiera un prominente zigzag por el globo que le llevaba a rozar, incluso a veces a rebasar los límites de los trópicos, Manuel Abelardo seguía retándose a sí mismo, radicalizando la curvatura de su trazado y aun así rebasando día tras día sus objetivos. Se negó a pasar por el canal de Suez, prefiriendo dar un rodeo a toda África, y en vez de navegar entre la isla de Sumatra y Malasia, lo hizo entre la isla de Navidad y la de Cocos.

Una vez llegara a Filipinas su intención era seguir descendiendo hacia la Micronesia, sin embargo, jaleado

por los triunfos de su suerte, se permitió un desvío hacia el mar de Japón. Se sentó pues a tantear una serie de cálculos en un trozo de papel y según una matemática rápida había grandes posibilidades de retornar a su punto de partida, el cabo Finisterre, en unos veinte días, suponiendo la suya una travesía total de veintinueve días. Arrugó y rompió el trozo de papel en mil pedazos, pues Manuel Abelardo, pese a ser un hombre de ciencia, no podía evitar creer en la maldición de la meta por escrito, aun así, aquel dos y aquel nueve quedaron grabados a fuego en su mente.

«Qué bello número», se dijo.

Si se sumaban el dos y el nueve entre sí, daban un once, dos palitos, dos mástiles, y entre sí a su vez un dos, un patito, una gaviota. Tenía que ser veintinueve.

Al día siguiente, en el onceavo día, navegó en dirección norte, completamente seducido ante la idea de bordear el Imperio del Sol Naciente. La mañana parecía untada en mantequilla, igual que las tostadas que habían caído en su estómago a primera hora; el aire era amarillo y de un pegajoso exquisito, una suave brisa aligeraba su espesura. Llevaba ya varias horas en ruta cuando Manuel Abelardo se cruzó con una embarcación de lo más asombrosa. Al principio creyó que era un espejismo y que el cansancio le estaba jugando una mala pasada, se pellizcó, dio un trago de agua y cayó en la cuenta de que el galeón en miniatura que se acercaba al Señor Diapasón por estribor no era fruto de su imaginación sino que, igual que el suyo, aquel barco era navegante de ese mar.

En la proa iba de pie una persona pequeña; a primera vista, no logró distinguir sus atributos, pero conforme ambos veleros fueron acercándose, Manuel Abelardo acertó a identificar que la erguida figura con una mano sujeta al estay pertenecía a una niña de unos cuatro años, de cabellos morenos y ondulados que le llegaban a la cintura. Su silueta cincelaba una gallardía impropia de una persona tan joven, juicio de valor que se le rompió a los pies como un jarrón en mil pedazos cuando la cría levantó la mano que tenía libre y comenzó a agitarla diciéndole hola, con una efusividad y una transparencia que nunca antes había recibido de un saludo desconocido y menos en un saludo barco a barco, los cuales se caracterizan por ser muy lacios.

La niña iba vestida con un traje azul cielo, perfecto como un helado en verano, hasta almidonado. Uno se preguntaba cómo podía mantener un traje así de impoluto en esos confines del mundo, aparte de, por supuesto, qué le habría llevado a escoger esa guisa en las circunstancias dadas y qué no habría llevado al resto de la tripulación del galeón, que por lo que alcanzaba Manuel Abelardo a atisbar parecían tipos de los duros, a hacérsela cambiar.

Manuel Abelardo salió de dudas, al menos relativas, cuando uno de los hombres de a bordo le dijo algo a la niña y ella, ágil como un mono, trepó mástil arriba hasta alcanzar la guindola, se sentó, se ajustó unos prismáticos a los ojos y en seguida respondió con un veredicto en forma de contundente gritito y su dedo de juguete señalando al horizonte a lo lejos.

Manuel Abelardo rio para sí, estaba fascinado. ¿Quién sería aquella niña y a dónde iría aquel barco? Para su sorpresa antes de perder de vista el galeón por la popa, vio que la niña volvía a levantar la mano en su dirección a modo de despedida.

Soltó muchas escotas y cabos a lo largo del día, adrizó numerosas veces las velas, pero después de cada operación que requería su concentrada presencia de ánimo, volvía a la imagen de aquella inusual marinera y a sus conjeturas acerca de las preposiciones que daban forma a su deriva: desde y hacia.

Después de una inconsistente comida, consistente en dos salchichas y una lata de mejillones, se echó a dormir la siesta para despertar poco después incomodado por el silencio. Abrió los ojos. Sobre su cabeza ya no planeaban gaviotas. Eran las seis y quince de la tarde cuando el sol se ponía sobre la isla de Hokkaido y casi inmediatamente después de que este ocultara los últimos pelillos de su coronilla, una capota de nubes se hizo con la custodia del cielo y Manuel Abelardo pudo divisar en el horizonte un rayo, que parecía, más que luz, la rama milenaria del gran árbol que es el mundo, partiendo el cielo por la mitad.

Las manos de la tormenta eran gigantescas y se movían con la lenta rapidez de los grandes titanes, en cuestión de segundos se vio atrapado entre aquellos dedos de luz y truenos. El primer instinto de Manuel Abelardo, como intrépido grumete que era, fue hacer frente al temporal. Anduvo luchando por más de una hora por mantener el barco a flote. Finalmente, llegó un punto en el que ya no sabía qué era sudor y qué era agua salada, estaba tan

mojado, tan cansado... Sus pretensiones de salvamento eficaz eran en balde, no había visto nunca una tormenta como aquella, ni la volvería a ver en su vida.

Su segunda opción hubiera sido dirigir el barco a la costa, aunque llamarla segunda no sería del todo justo, pues toda decisión es una renuncia y cualquier oportunidad de haberse conducido hasta la bocana del puerto más próximo estuvo perdida desde el momento en el que había decidido batirse en duelo. Siempre hay solo una opción, la que elegimos.

Solo quedaba un cartucho por quemar. El agujero de gusano. Un nuevo viaje astral. Por supuesto, Manuel Abelardo tuvo que confrontar un raudo debate moral.

«¡Cómo yo, un capitán de tamaña altura..., cómo yo oso huir de la tempestad echando mano de mis argucias científicas!».

Pero no cabía otra. Había que actuar o irse a pique. «Actuar», se dijo.

Puso el piloto automático, las olas fregaban la cubierta, escoraban el barco a merced de las inclemencias del cielo. Colocó el cohete, a Emanuelita, al tocadiscos y a sí mismo en las posiciones idóneas para efectuar la partida y encendió la mecha. Las ascuas doradas cayeron en cascada por delante de la gruta de Emanuelita y Manuel Abelardo, agarrado al pasamanos, fue sacando punta a su mirada penetrante en la negra espesura de la tortuga, en la del mundo, hasta que el rayo sobre su cabeza se convirtió en un túnel blanco que, tras el gran chispazo, se fue apagando poco a poco hasta volverse de nuevo negro mientras se oía de fondo e *in crescendo* la canción del

capitán de O'Carolan fundiéndose sorpresivamente con la canción *Sapitos Insurrectos*, hasta que el negro fue tan negro y la música tan profunda que las cosas y lo que no son las cosas, que todo, todo estalló; y de ese mar de nada Manuel Abelardo volvió en sí con una bofetada de espuma. Un bizcocho de arena en su boca. Y era eso algo que ni él mismo se esperaba. Volver.

Desperdigados por toda la colina había cientos de latas de comida para gatos y polos desgastados, todos ellos amontonados en los arcones del empinado camino que subía hasta el faro en lo alto de la montaña rocosa. Seguían un orden embriagado, latas con latas, ropa con ropa, se iban apareciendo aquí y allá sendero arriba. También había botellas de vino tinto. El sonido del mar y las gaviotas solo resonaban en sus oídos de fondo, un fondo muy lejano, por encima de todo ello, como una manta que tapa a quien esté debajo, solo se escuchaba su respiración ahogada, seca, hueca. Había aterrizado en una playa bajo un sol cegador, sin nadie alrededor, sin ni siquiera su barco cerca, ni magullado, ni naufragado, nada, no había rastro de la nave. Era lo único que recordaba con absoluta certeza: que él era capitán y que una vez había tenido un barco.

Había llorado en la playa, había chillado hasta quedarse sin fuerzas. Casi le molestaba más no haber visto a su barco hundirse, despedirlo como Dios manda, que hallarse a la deriva en una isla desierta. Manuel Abelardo habría preferido morir a vivir sin un adiós digno a su verdadero amor. Sus propias decisiones, la divina providencia, quién lo sabe, una combinación de factores o quizás solo uno le habían privado del mayor honor al que todo hombre puede aspirar. A disfrutar de un adiós. Ya ni siquiera gozarlo, tan solo vivirlo, solo pedía eso, haberlo vivido. Solo es posible lo real, lo que se da y, aunque no fuera así, si acaso tenía sentido o utilidad el suplicarle a

alguien, no sabía a quién dirigirse. Si era un quién, un qué, un cuándo o un cómo. Un dónde. Tenía nociones vagas de dónde venía. De por qué él estaba allí, pero no las tenía todas consigo. Recordaba a una mujer dulce sirviéndole un pastel. Recordaba a unos niños tirando petardos frente a un portal y a unos albañiles al otro lado de la acera que le lanzaron un ladrillo en respuesta cuando les había chillado admirado:

—¡¡¡Obreritos!!!

Recordaba una música de arpa y una tortuga, recordaba muchas hojas de papel llenas de fórmulas. Recordaba a una niña saludándole desde la proa de un barco.

A medida que ascendía, pese a que sus sentidos y sus fuerzas estuvieran reconcentrados en la escalada, no pudo evitar percatarse de que sus piernas y sus brazos iban perdiendo vello y contorno, iban incluso acortándose, hasta el punto de convertirse en dos piernas y dos brazos de alambre.

Paró en seco. Se tocó la cara. También esta había cambiado. Ya no crecía en su barbilla aquella incipientísima perilla que tanto se había esmerado por cultivar y las manos que lo constataban ya no eran las de un curtido marinero. Ahora eran las esponjosas manos de un niño. ¿Quién era él ahora?

¿Seguía siendo Manuel Abelardo? Había llegado a esa playa como tal, pero no estaba seguro de seguir siendo el mismo que había emprendido la marcha montaña arriba. Se dio cuenta entonces de que ya no era capaz de recordar la mayor parte de las escenas que le habían abanicado la memoria abajo en la arena. Ni tan siquiera recordaba lo

que había perdido. Sabía que era algo grande, algo importante, pero qué, no lo sabía.

Qué terrible y qué misteriosa maravilla esto de la memoria.

A mitad de la colina, ya no recordaba el motivo de su duelo, pero se sentía herido por todo ello, lo sabía a ciencia cierta una pena justa.

Qué cosas.

A medida que iba subiendo, de esto él ya era menos, por no decir nada consciente, empezó a mirar el mundo de otra manera, claro que solo había un mar y rocas que contemplar y no había nadie cerca a quien convertir en blanco de críticas o juicios de valor, pero así podemos contarlos, fue aquello como un restablecimiento absoluto, un orden nuevo. A punto de llegar a la cima, las mayores preocupaciones de Manuel Abelardo se resumían en dos: si habría algo con lo que jugar ahí arriba y si el faro sería de turrón.

Y ni lo uno ni lo otro. Presa del agotamiento, su ahora efímero cuerpecillo cayó desplomado al suelo y justo cuando apoyó su mejilla en el polvo, dos pies calzados en unas sandalias de cuero ajado se detuvieron ante él. Manuel Abelardo levantó la mirada y se encontró con un hombre con la piel marrón y el pelo en llamas que, sin embargo, parecía muy tranquilo.

—¿Muchacho te has perdido? —le preguntó desde las alturas.

—Eso creo. También he cambiado, ahora soy un niño.

—¿Acaso crees que algún día dejaste de serlo?

Manuel Abelardo no respondió. No sabía qué hacer. Si era pertinente erguirse o quedarse ahí tirado en el suelo.

—Levántate, hijo —le sacó de dudas el hombre—, vamos a ver. Si no me equivoco, que a veces me pasa, eres Manuel Abelardo, hijo de Angélica Miranda y Jerónimo Horacio, hermano de Jerónimo Poncio, gran marino y físico, de carácter de roble rojo, tu geniecillo tienes, pero también un buen corazón. ¿Te identificas con algo de esto, hijo?

De repente, todas las memorias le llegaron de golpe. Reconoció el abrazo de su madre, a su hermano leyendo apuntes y a su padre llevándole de paseo, las excursiones de los fines de semana, las bandejas de pasteles, los puestecillos de Navidad, aquella vez que la loca madre de su amigo Carlos había intentado disfrazarle de niñera inglesa, la muerte de su padre, cuando su tío le sacó de clase, le sentó en un banco y se lo contó, él ya se lo esperaba cuando le llamaron porque a los niños cuyos padres morían los sacaban de clase con la misma expresión de lástima apretada, a Prístino Rodríguez y al Señor Diapasón, a su tortuga Emanuelita y todos y cada uno de los experimentos de los que había sido ella testigo. También recordó las aguas que lavaban sonrisas de espuma en Cote d'Ivoire, las Maldivas, Borneo. Recordó a la niña con el vestido de helado en la proa del barco, su saludo tan familiar y cómo después le sobrevino la tormenta. Lo recordó todo, incluso cosas que creyó jamás había almacenado: todo, todo estaba ahí.

Pero tan pronto asimiló aquel río de memorias y respondió afirmativamente, el torrente se secó y de nuevo

se quedó solo mirando a sus manitas de niño sin entender nada.

—Muy bien, hijo, ahora puedes irte.

Manuel Abelardo le miró desconcertado.

—¿Pero irme a dónde?

El hombre del pelo en llamas señaló al horizonte. Frente a ellos se extendía una llanura poblada de una vegetación muy espartana.

—Por ahí. Tranquilo hijo, dentro de un rato terminarás por saber hacia dónde vas. Siempre se acaba por encontrar el camino o el camino te encuentra a ti.

Apenas Manuel Abelardo echó a andar, las piernas le fallaron, la cabeza fue después: se desmayó. Cuánto tiempo estuvo inconsciente solo Dios y el señor de la colina lo saben. Lo que sí sabe Manuel Abelardo es que fue despertado a palmetazos. Manitas pequeñas como las suyas eran las panaderas de las tortitas.

—Pa mí quetá mieto el Gorrión.

—Pa mí que no, dale má fueite.

Manuel Abelardo abrió los ojos a otros cuatro pares que le miraban con ávida inquietud.

—Vé quetá vivu.

Un chorro de aire caliente le golpeó la cara y se coló en su boca y con él dentro de su ser, se le metió todo el saber que necesitaba y necesitaría en ese momento y en los que hubieran por venir. Esos eran sus amigos, el Zagal, Mochuelo, Garbanzo, el Polláto y él, el Gorrión. Sabía que había de contestar cuando le llamaran así. Los reconoció, se reconoció en ellos. Sabía que Mochuelo tenía una cicatriz con forma de botijo en el cachete izquierdo obra

de una cornada de la vaquilla de su tío el Tebeo. Sabía que Garbanzo no crecía un centímetro desde los tres años. Que el Polláto hacía orgías con sus primas mayores que lo tenían endiosado por su mastodóntico miembro impropio en un niño de su edad. Que el padre del Zagal era herrero y trígamo con perfecto consentimiento de las partes y que a él le llamaban Gorrión porque podía imitar el sonido de todos los pájaros.

Se oyó una música en la lontananza, los dedos del sol se posaban sobre las últimas teclas que tocaría esa tarde.

—Vámo cha, que si no, no pillámo sitio.

El Polláto y Mochuelo le levantaron del suelo.

—Oíd —se oyó decir Manuel Abelardo—, le he prometido a mi hermano que antes de pasar por la verbena recogería una cosa de casa.

Todos le miraron extrañados, Manuel Abelardo no entendía.

—Gorrión, ¿y se acento raro?

—Nuse.

—Ahora habla como tu dó papá, comol trovadó.

—Oí en la radiol otro día que cuando te péga un guarrazo vuélve hablando ótra lengua, a lo mejhó al Gorrión lapasao iguá.

—Alomejhó. Venga, vámo.

Y los cinco echaron a correr en dirección a la música y las luces, en dirección a la era donde la muchedumbre empezaba a arremolinar. Sus cuatro amigos ya estaban dispuestos a desoir la petición expresa de Manuel Abelardo de pasar por su casa, pero el niño tiró de ellos y

logró reconducir la trayectoria hacia la calleja mal iluminada que reconoció como domicilio de su hogar.

La casa estaba vacía. Sus padres, Truli y Jovito, ya estarían fuera con el resto del pueblo, eran personas formales, no dadas al dispendio y que conocían el precio del dinero, pero sabían correrse una buena juerga; más les valía sostener ese espíritu en un entorno como aquel, pues había pocos pueblos que celebraran tantas festividades como Salinas de Siles. Contaban con la friolera de siete vírgenes propias, atribuidas tan solo a la localidad, la Virgen del Choricito era la oficial y sus pascuas duraban diecisiete días. Además también participaban de la celebración del santoral colindante de municipios situados hasta cien kilómetros a la redonda, por lo que cada dos días las calles se llenaban de color, confeti y trasiego, de forasteros venidos de lugares cercanos y remotos, había gran movimiento en los pajares, bajo los olivos y de ahí que nadie se escandalizara ante los cuadros familiares poliándricos y poligámicos, como el del propio Zagal.

Los niños corrieron en tropel por el pasillo oscuro hacia la luz al final del túnel, el quinqué de la mesilla del cuarto del hermano de Manuel Abelardo, conocido en el pueblo como Jonás el Trilerillo: era su oficio el que le otorgaba su sobrenombre y el diminutivo por su condición de aprendiz del trilerero mayor, Paulino Paulaner, un alemán venido de Alemania hacía años y que, sin embargo, no hablaba ni gota de español. Jonás aprendía de su maestro por observación, de ahí que su intuición fuera en suma exacerbada. Lo encontraron metido en la cama mirando recortes.

—¿Qué miras, hermano?

Jonás le dirigió una mirada suspicaz a Manuel Abelardo e imitó forzosamente su acento.

—Un calendario de guapitas en cueros.

Abanicó con un rápido movimiento las fotografías de las lozanas y sonrientes muchachas que poblaban las páginas.

—¡Atiza!

—Menúa fréca.

—¿¡Quién te lo ha dau!?

—El padre que saenrollau.

Estuvieron los seis esparcidos por la cama de Jonás extasiados con las fotografías, tanto que, por un dilatado espacio de tiempo, olvidaron que había fiesta en el pueblo y que a las siete soltaban al marrano. Al Polláto le excitó tantísimo aquel desfile de curvas que tras excusarse brevemente se abrió el pantalón y se la meneó ahí mismo y en dos segundos dejó su pintarrajo en la pared.

—Eso lo límpia Polláto.

Polláto obedeció un tanto abochornado y quitó el rastro de su producto con la manga del jersey, acto seguido anunció que se iba y la risueña comitiva que había llegado como buenos niños que eran, dando saltos y brincos, salió por la puerta apesadumbrada, contagiada por el estupor adulto de su precoz miembro. Dejaron a Jonás disfrutando de su gráfica soledad a la luz del quinqué.

Aún caminaban como arrojados los cinco por una manta negra como un negro pesar cuando se toparon con Ismael el trovador. Igual que ahora Manuel Abelardo, Ismael había sido nombrado trovador del pueblo porque

había nacido hablando fino. Tan fino que a veces a los pueblerinos les costaba entenderle y confundían las noticias que les daba. Así por ejemplo, cuando cantaba los amoríos de una pareja recién formada, les hablaba a todos de sus fervientes ósculos y la gente pensaba que los enamorados eran en realidad enfermos que se iban a auscultar; si él regalaba a la amada un bouquet, iban todos corriendo al puerto en busca del nuevo e inexistente crucero.

Ismael estaba solo, como de costumbre, pues era un incomprendido en todos los sentidos de la palabra, tumbado en la hierba, rasgando sin gana su cansada cítara y bebiendo con una mayor de su bota de vino, con su expresión dolorosamente taciturna, aquella que no le abandonaba salvo cuando ejercía su oficio y se le animaba un poco más.

—¿Qué háce aquí tan solo Ímaé?

—Olvidando por estas gandías a una moza que mora en coto de caza.

—¿Qué díse dúna móza?

—¿¡Una mora!?

—¡Una moza mora, dise!

—¡Calimaé le gúta una mora!

—¿Pero una mora quí?, ¡no pué sé!, ¿ónde?

El valentín solo fue capaz de responder con un lacónico:

—Allá... —estirando la mano y la mirada de soslayo hacia el gentío de la alameda.

En tácito acuerdo, los chiquillos hicieron mutis por el foro, suficiente tenían ya ellos con su pena compartida

como para dejarse contagiar por la del trovador también. Conforme se fueron acercando a las hogueras se les fueron secando los pesares del pesar. Era uno de los fastos más espléndidos que recordaban, había pinchitos de carne y cebolla por doquier, pescados en salazón, flores de chorizo, estas no podían faltar, almendras garrapiñadas y almíbar en manzana. A los niños se les salieron los ojos ante esa plétora de olores, se les salivaron las bocas con el chisporroteo de las brasas. Justo cuando estuvieron a punto de lanzarse al puesto del piñonate, el reloj de la iglesia dio las sonoras siete y de la tasca del Mariano, abriendo una puertecilla baja de madera, salió escopeteado el marrano. Medio pueblo se puso a perseguirlo entre los puestos. Los marranos los adiestraba el Anselmo, un tío muy listo con un hermano muy tonto y muy burro llamado Justino. A Anselmo desde siempre le había gustado la gresca y en cuanto surgía la mínima ocasión, se metía en un pleito. A pesar de ser un cuerpo escombros y no poder defenderse por puños él mismo, tenía el respaldo de su robustiano hermano, de ahí que cada vez que iba a plantar cara a alguien se lo llevara consigo al lugar del duelo y cuando llegaba el momento de coronar la afrenta con un mandoble, le daba pie al grito de:

—Justino, ¡mata!

Y Justino mataba.

De haberse fusionado en uno los dos hermanos hubieran concebido al superhombre. Aun por separado eran invencibles.

Nadie lograba comprender cómo Anselmo hacía para que los marranos de piernas cortas corrieran tan rápido o cómo había conseguido enseñarles a cambiar de color con sus propios ronquidos y así mimetizarse con el ambiente. Con esas mimbres atrapar al marrano era toda una proeza. En numerosas ocasiones el premio al atrapador quedaba desierto y el marrano perdido por la flora para nunca más ser visto, era entonces cuando Anselmo se relamía; si por el contrario alguien apresaba al cochinito, Anselmo siempre cuestionaba el método y hasta llegaba a acusar al héroe de tramposo y si este se ponía bravucón, llamaba a su hermano a matar.

—Justino, ¡mata!

Y Justino mataba.

Esa noche el marrano era más veloz y escurridizo de lo habitual. Los cinco niños se encontraban y desencontraban en la frenética masa de persecución, el pueblo entero chillaba de alegría, de rabia, de pura emoción. El marrano bajó por una calleja y todo el mundo lo perdió de vista.

—¿Y el marranu?

—¡Ándetá!

—Sal marranu que te cojhámo.

Manuel Abelardo, por puro azar, como si un hado hubiera apremiado en su oreja, giró sobre su eje; allí al fondo bajando por una calleja, detrás de una caja avistó al cerdo acurrucado, temblando de estupor. Con sigilo se desmarcó del grupo y dio un rodeo a la cuadra para atrapar al animal por detrás. Se esmeró por que sus pasos

fueran silenciosos como gatos. Lo tenía tan solo a cuatro palmos de distancia.

—Esta es la mía.

Ese año sería él el ganador, el más joven ganador de la historia, qué honor para su familia, qué honor para su padre, se abalanzó a cogerlo cuando ñiiiiiii la criatura pegó un respingo y se escabulló a toda prisa.

—¡Ahí, ahí tá!

—¡Al marranu! ¡Al marranu!

—¡Vámo todo!

La nube de pólvora pasó por su lado dejando en su boca de zapato un rastrojo amargo. Manuel Abelardo se sintió infinitamente necio ahí tirado en el suelo.

¡Quién se habría creído que era él! Capaz de semejante gesta... a su tierna edad... ¡él! Se consoló como pudo. Al menos había estado cerca. Un reconfortante pellizquito, cálido como el mordisco de una linda avispa, le susurró que no se preocupara, que algún día, algún día... y justo en ese momento en el que se le dibujaba una sonrisilla privada en los labios llegaba a sus oídos una música celestial. Sonaba a algo divino, una canción como no había oído igual. Venía de detrás de su cabeza, concretamente descubriría, de una puerta con una luz naranja. A ella se condujo lentamente, paladeando cada pisada, la puerta estaba entornada y la música para su goce cada vez más cercana. La abrió suavemente y a medida que lo hizo cerró los ojos por inercia, para concentrar todas sus capacidades sensoriales en el oído y que le llegaran más profundamente aquellos acordes tan gloriosos. Quedó apoyado en el umbral de la puerta los

tres minutos con cuarenta segundos que duró lo que quedaba de ella, sin molestarse en preguntarse por uno solo dónde estaba, a dónde había abierto esa puerta, solo degustando aquella tonada en todo su cuerpo y alma. La canción terminó:

Y bogar y bogar y bogar del río al mar. Y bogar y bogar y bogar del río al mar.

—¡Es la canción más hermosa que he escuchado en mi vida! —se oyó decir y oyó decir a una voz ajena a su unísono.

Abrió los ojos. La sala estaba repleta de mujeres, pero con absoluta claridad Manuel Abelardo supo de qué boca había brotado aquella interjección cantarina como una fuente, gemela a la suya. En medio de aquel bosque de cabezas oscuras, la vio. Era una niña de ojos inmensos, negros como el carbón en los que bailaban las ascuas naranjas del fuego prendido en la presidencia de la gran habitación, nariz de águila o de gorrión, cabellos lisos y espesos aún más oscuros que sus ojos, que también brillaban al son de las luces. Todo el aforo explotó en una cándida carcajada, no pretendiendo hacer burla, sino más bien movida por el hechizo del dulce acuerdo entre aquellos dos pequeños. Esa niña era Tadea y Manuel Abelardo supo en cuanto la vio que a partir de entonces él no era más que una cometa atada a su mano, aquella mano que luego tomaría, aquella mano compañera de aquella voz que había hecho uno solo sus sentires.

El instante de embeleso que compartieron lo interrumpió una mujer muy resabiada que caminó directa a Manuel Abelardo y sin previo aviso ni permiso alguno se dispuso a meterle los faldones de la camisa por dentro del pantalón.

—A vé, el prinsipito.

Manuel Abelardo desconcertado se dejaba hacer, miraba a todos lados, buscaba los ojos negros de Tadea que se posaban y desposaban en los suyos como una mariposa revoloteando en torno a un capullo.

Le colocó la mujer una corbata alrededor del cuello.

—Ahor'avé, abróshatela.

Manuel Abelardo la miró desconcertado, nunca se había puesto una corbata, nunca siquiera había visto a nadie que llevara una salvo un tío suyo excéntrico en un funeral.

—¿Es que alguien va a morir?

—Cushel niño.

Todas rieron. Manuel Abelardo se sintió más incómodo si cabía. Le reconfortó la constatación furtiva de que Tadea no se hubiera sumado al cloqueo.

—A lo mejó tú te muére damó, niñico.

Más carcajadas.

Manuel Abelardo ya próximo al mareo.

Se levantó entonces una mujer con cara de pan, cara mansa, manos gordas.

—A vé, a vé, que si te la dejasí colgá paresen do auriculare.

Apartó con meloso aplomo a la resabiada y emprendió en la faena de un nudo Windsor.

—Ea. Míralo qué bonico ha quedao.

—Ya te han atao niñico, ya no hay quiensecápe.

Y más risas.

Manuel Abelardo no entendía nada, solo quería salir de allí. La de las manos gordas cortó la chanza.

—Chá, chá, bueno, chá fin. Ahora hijho, siéntate ahí, al'lao de la Tadeica que tagutao y tranquilo ahí y tranquilica'tóa.

Tembloroso, Manuel Abelardo sorteó las filas de mujeres sentadas en suelo, cuidando de no caerse, cada tambaleante paso en que tropezaba y tenía que apoyarse en el hombro de alguna risotuda hembra le hacía sentirse un completo idiota. Nunca se había visto tan expuesto como bajo la mirada de aquella veintena de extrañas y extrañas ellas por todos los costados.

«Hay que ver —registró que su mente malmecía—, los segundos que perseguía al cochinito se me pasaron en un abrir y cerrar de ojos, en cambio ahora este paseíllo hasta la vera de la mujer amada se me está haciendo eterno».

Por fin se colocó donde le correspondía y para su magnífico asombro, Tadea de inmediato le cogió su manecita entre las suyas y en ese momento todas las mujeres comenzaron a recitar versos oscuros en una lengua extraña.

—Te estábamos esperando —le susurró Tadea al oído.

Nunca se atrevió Manuel Abelardo a preguntarle a la que desde entonces fue su novia qué quería decir con eso, se limitó a apretarle un poco más los cartílagos, presa del miedo.

Así pasaron todas las primaveras de su vida hasta el día de la araña, cogidos de la mano, solo que esas dos manitas

fueron creciendo, la arcilla de sus sencillas vidas niñas encastrándose en el molde de lo adulto, no sin del todo olvidar que eran ante todo barro y barro libre, pero sin duda atendiendo y mucho y hasta a veces demasiado a los recurvos aciagos propios del hacerse mayor.

De la mano fueron a enterrar al padre de Manuel Abelardo, cuando este murió durante la temprana adolescencia de su hijo. Dentro de la morgue, olía tanto a carne rancia que Manuel Abelardo pidió que aumentaran la dosis de formol en la que estaba bañado el cuerpo que una vez habitó su padre. Manuel Abelardo tomó todas las decisiones. Si sería urna o ataúd, el lugar de la misa, el número del sepulcro. Mientras su pobre madre estaba ida en un viaje emocional por los campos del más profundo dolor, tiesa ante el féretro de su marido ya partido a otro lar. Su hermano Jonás el Trilero se había desentendido de todo y se hallaba trilereando por el pueblo como si no hubiera habido un mañana; en efecto el joven así lo sentía, aunque sus maneras lo ocultaran, también amaba a su padre. Tras la noticia había roto el calendario de las guapitas en cueros y se había lanzado a las calles con la intención de estafar a todo aquel que se cruzara por su paso. Nunca en su vida sacaría tantos cuartos.

Cuando toda la burocracia de pormenores adjuntos al fallecimiento estuvo resuelta, Manuel Abelardo llevó a su madre a la casa, acompañado por Tadea, y la acostaron. Tadea se enamoró aún más si cabía de su querido al verle arropar y besar a su madre en la frente.

—Descansa, mamá —le dijo.

«Fíjate, hija mía —la había convenido años atrás su propia madre—, fíjate en cómo un hombre trate a su madre, pues a ti te tratará igual».

Tadea besó a Manuel Abelardo en la sien cuando este hubo salido de la fría alcoba de su madre y fue entonces que el muchacho desfalleció en sus brazos. Fue un vahído momentáneo del cual volvió en sí mirándola fijamente a los ojos e implorando:

—Ayúdame a borrar el formol, lo tengo metido hasta el cerebro, te lo pido, amor mío, ayúdame a borrar el formol.

Tadea no supo qué hacer en un primer momento. Creyó que Manuel Abelardo le pedía trato sexual como ahogo de sus penas y por un segundo estuvo dispuesta a entregarse a él, pero en seguida recapacitó: si llevaban tanto tiempo guardándose no era como para claudicar una noche así por las buenas, una noche en la que se corría el riesgo de que su futuro marido asociara el perfume de su flor inmaculada al hedor de la carne muerta o al de un desinfectante químico.

—Vayamos al tugurio de James Richardson.

James Richardson era un inglés llegado al pueblo hacía unos meses. Nadie sabía bien qué diantres hacía ese tipo allí aparte de lamentarse por un divorcio de una mulata que le había arruinado y de no poder regresar a la Martinica por haberse metido en peleas en todos los bares de la isla por culpa de los casquivaneos de su exmujer. El hombre era una plañidera de campeonato, ahora bien, lo que estaba claro es que, aunque con un fuerte acento, sabía hablar y mejor aún sabía escuchar, era el perfecto

barmá, como le decían por allí. Preparaba unos Tom Collins que no tardaron en hacerse famosos en toda la comarca. Los cobraba más baratos si el consumidor se dejaba hipnotizar: su gran talento era practicado desde el otro lado de la barra a expensas del bullicio del local con coloridos resultados. Le miraba a uno con sus ojos de bombilla y la víctima olvidaba hasta dónde tenía la nariz, volvía en sí llorando a moco tendido o riendo a carcajada limpia. Tadea sopesó que ese sería un estupendo arreglo para la crisis que atravesaba su Manuel Abelardo: llevarlo a empinar el codo y someterlo a una hipnosis richardsoniana.

Fueron hasta allí en bicicleta. Manuel Abelardo llevó a Tadea como de costumbre en su regazo mientras pedaleaba, pero durante el trayecto, en mitad de aquel mar Rojo de tristeza que se abría al rechinar de las ruedas, no pudo evitar contrariarse con el hecho de que hasta en el funeral de su padre le tocaba cargar como una mula. Hacía frío y era de noche, una de las oscuras, a la luna la tapaban las nubes, espesas. Por qué se habría quejado del formol, ahora estar en su cama con aquel espantoso olor pegado a las narices no le parecía peor opción que andar por esos andurriales dándole al pedal en pos de una terapia peligrosa en un antro que, como él, se caía a pedazos.

—Aquí es.

Manuel Abelardo se sorprendió de que Tadea conociera tan bien las señas de aquel bar de mala muerte, pero como se acostumbró a hacer con respecto a todo lo que le intrigaba de su persona, no le preguntó nada. La

longevidad de su relación debía buena cuenta al misterio tolerado en silencio. Ataron la bicicleta a un viejo poste de la luz abarrotado de un vals mosquito y entraron apartando la cortina de hilos de conchas enhebradas que tenía por puerta. Se sentaron en la barra, solo había en el local un marinero con la cabeza aplastada contra la barra, evidentemente ebrio. Puede que hasta hipnotizado. Ni rastro de Richardson.

—¡Oiga! ¡Oiga!

Tadea tamborileó la barra. A Manuel Abelardo le fastidió la resolución de su novia. No le gustaba constatarla tan dispuesta en entornos tan macilentos y sin embargo el verla salir airoso de las tesisuras más insólitas ejercía sobre él un irresistible sortilegio que solo se admitía a medias y a regañadientes. Al fin y al cabo, por muy tierna que se mostrara, por mucha carne de madre que presentara ante su cañón más conservador, la había conocido donde la había conocido.

Richardson salió de la trastienda, apartando otra cortina de conchas.

—¿Qué dtenemos aquí?

—Ponnos dos Tom Collins, por favor. Y oye, James, haznos una de las tuyas.

Richardson cobró las bebidas a precio de hipnosis. Manuel Abelardo aún no se lo creía. Estaba allí, en el día de la muerte de su padre, bebiendo ginebra, en aquel cuchitril infame, sirviéndose en bandeja de la magia negra.

«Habrase visto —pensó—, las mujeres son unas liantas. Más me hubiera valido en su día no haber ido detrás de aquel marrano. Ya es tarde».

Y pegó un trago a su ginebra. Estaba rica.

—A ver amiguitou, qué dtenemous aquí, qué dtenemous aquí...

Eso es lo último que recordó Manuel Abelardo escuchar. De lo que vio al otro lado tampoco recuerda nada salvo una niña vestida de helado, saludándole desde la proa de un barco. Aquella noche cuando volvió en sí con una lágrima corriendo por su mejilla no entendió nada.

—Disculpa, mi padre ha muerto hoy.

Sintió la necesidad de excusarse por el desliz de su hombría, por aquel pequeño brote del acuífero de su sensibilidad.

Años después, cuando su hija Raquela hubo crecido y hubo alcanzado la edad para meterse en un vestido de esa talla, lo entendió todo.

A Raquela y a su padre les gustaba hacerse juntos análisis de sangre. Se hacían uno por semana, no por enfermedad, sino por puro gusto. Se levantaban al alba, excitados, se recordaban el uno al otro como si fueran primerizos que habían de ir en ayunas y antes de que abrieran la pequeña clínica regentada por el doctor Tellaetxe, un vasco emigrado que se había salido de atunero a petición de su mujer, oriunda de Salinas de Siles, y que dada la dinámica prestación sexual a la que la tenía habituada no soportaba compartirlo con la mar y le había obligado a abrir el laboratorio. Por su constitución parecía muy bestia, pero en realidad era un pusilánime.

«Si no son las txalupas pues a las probetas, ene!», hizo de su lema el forzado arrantzale.

Después de cada visita médica, Manuel Abelardo y su hija se iban a desayunar porras con chocolate a una caseta en el malecón llamada la Goleta de Colón, un nombre muy dilatado para lo conciso de la choza. Durante el desayuno comparaban los agujones en sendos brazos y comentaban en qué matices el color de sus sangres había variado con respecto a la vez anterior.

Tal para cual.

Raquela y Manuel Abelardo tenían una de esas conexiones explosivas que uno asocia más a los amantes que a las relaciones de parentesco. Todos los amantes son amigos y todos los amigos son amantes, si son amantes y amigos de verdad, son igualmente familia. Ellos dos eran

padre e hija, amantes, amigos: se adoraban. Se tiraban los trastos a la cabeza, se llamaban niña tonta y enorme capullo a la cara, a gritos y repetidas veces con inquina, pero se querían con locura.

A Manuel Abelardo, un sujeto tan metódico durante mucho tiempo no le cupo en la cabeza haber engendrado a un alma tan agreste ni a Raquela ser hija de un hombre tan firme y que a la vez tendiera tanto al vahído. Lo único claro es que pese a las trifulcas había un entendimiento latente, más profundo que la fosa de las Marianas, cavidad que Manuel Abelardo llegó a bordear antes de que su destino le deparara no ya convertirse en campeón marítimo, sino en fiel marido de una bruja no practicante y padre de una criatura salvaje.

Manuel Abelardo no había querido tener más hijos, en parte porque uno ya le daba enormes quebraderos de cabeza y en otra parte porque quería tanto a su única hija que no estaba en su cartera de deseos tener otro retoño más que hiciera sombra a ese amor primigenio.

A pesar del cual y de estos exámenes de sangre conjuntos, Raquela seguía huyendo de casa cada dos semanas y no fue hasta que tuvo el sueño premonitorio del bellísimo hombre con capa negra que besaba a su padre que decidiera no volver a escaparse.

El desayuno postanalítica de esa semana fue diferente. Manuel Abelardo ya conocía los resultados de su prueba de antemano. Solo había intentado mostrar la misma ilusión e ingenuidad que su hija por no fallar a la tradición, pero los médicos ya le habían augurado pocas semanas de vida, hasta que la araña intrusa que se le había colado

dentro parara de tejer. Fue entonces que Manuel Abelardo compartió con su hija las fotografías de sus ancestros, de sus otros ancestros, cuando él mismo hubo reconocido a la niña de la proa en su hija y hubo resuelto él mismo el enigma. Unos días antes del fatal diagnóstico, cuando ataba el cabo final del propio barco de sus intuiciones, Manuel Abelardo les dijo a su mujer y a su hija:

—Soy adoptado.

Las dos rieron.

—Qué ocurrencias tiene este.

Y la cosa quedó ahí.

Ni desarrolló esta frase ni verbalizó los pies de foto de la colección con la que obsequió a su hija. Manuel Abelardo no era partidario de meter ideas propias en cabezas ajenas, si alguien estaba llamado a interesarse por tal cosa o a descubrir tal otra, no sería porque él se lo metiera a martillazos en la sesera o porque se lo sirviera en bandeja, sino porque esa otra persona estaba llamada por su inquietud personal o su esfuerzo a estrechar sus lazos con tal o cual destino.

Aquella mañana frente a las porras y el chocolate caliente Manuel Abelardo anunció a su hija que su sueño premonitorio se había cumplido, que estaba enfermo de muerte, que le quedaban pocos días y paró con su fino dedo tan bien formado el amago de pucherito que se formaba en los labios de su hija.

—No, mi amor, aún no es ese momento.

Acto seguido, le hizo entrega de las fotografías. A Raquela le gustaba fijarse en cómo colocaba la gente las manos al ser tomada en cámara. Sabía por cómo alguien

las apoyaba o sujetaba un objeto si eran buenas o malas personas, sabía incluso quién era aburrido o rencoroso, quién era hablador y quién tenía una herida irreparable en el corazón. En ese momento no se permitió llorar, por obedecer a su padre, por demostrarle que era sangre de su sangre, fuerte como él, pero se dijo que si en un futuro no muy lejano a ella la fotografiaban y alguien con sus mismas capacidades adivinatorias se ponía a estudiar sus manos o su semblante sabría que en su corazón había un corte profundo, surtidor de una hemorragia que ni el torniquete más hábil podría contener jamás. Por mucho tiempo que pasara, la tristeza por haber perdido, y más a una edad tan temprana, cuando les quedaba aún tanto por hacer juntos, a su padre, a su mejor amigo, a la persona que mejor la había amado, con mejor entendimiento, mayor simpatía y mayor humildad. El futuro le deparó muchas cosas buenas, pero esa ausencia, igual que le había sucedido al mismo Manuel Abelardo con su propio padre, la marcó de por vida, le abrió una herida a la que sobrevivió, pero jamás logró cerrar.

Raquela no sabía nada de estas extrañas gentes que posaban para ella desde sus ventanitas de papel, no sabía quiénes eran ni sus nombres, ni sus profesiones, sus pasiones o sus finales, pero reconocía en ellas atributos no solo físicos, sino también y, sobre todo, psíquicos que veía en ella misma. Un pálpito amarrado al reciente y extraño anuncio de su padre hacía solo unos días de que era adoptado, la llevó a pensar que esa era en efecto familia suya, su otra familia había de ser, la que dio a su padre en adopción, porque se conocía de memoria las caras de todos sus teóricos parientes, no ya porque jamás hubiera coincidido con ellos frente a frente, sino porque Manuel Abelardo, que daba mucha importancia a la familia y a su sentimiento, tenía fotografías de todos los miembros de la suya esparcidas por la casa. Esta costumbre la había heredado de su padre y ninguno de los nuevos rostros que poblaban el fajo de imágenes que Manuel Abelardo le había dado a su hija se correspondía con ninguna de los que adornaban las repisas del hogar.

De aquellas personas decorativas, Raquela solo conocía a su tío Jonás el Trilerillo, que para cuando ella había nacido ya había jubilado a Paulino Paulaner, convirtiéndolo en trilero emérito y él pasando a ocupar el puesto de trilero mayor, y también conocía a sus difuntos abuelos Jovito y Truli, la cual tras morir se le apareció en la playa en forma de perrita blanca con un lacito rosa. Raquela la había rescatado de un aprieto, la perrita se había materializado por arte de magia sobre una rocalla

en mitad del mar, concretamente en el espigón frente a la choza de la Goleta de Colón. La niña había nadado hasta allí con la ropa puesta y a pesar de ser 1 de enero y estar el agua helada, había conseguido sacar a la perra del mar y una vez en la orilla, la pequeña se había dado a conocer escribiendo en la arena con su patita:

«TRULITA».

Truli y Jovito se habían conocido de niños durante el octavo rebrote de la Peste de Justiniano. Esta vetusta pandemia que llevaba extinguiéndose y resucitando por los siglos de los siglos había resurgido para esa octava ocasión más fuerte que nunca y la gente, temerosa de Dios y de su suerte, optó por recluirse en sus casas y ponerse a rezar. Truli era hija de Upita, que era hermana de Betito, que era padre de Jovito, es decir, Truli y Jovito eran primos carnales. Upita, Betito y sus otros tres hermanos, Arletita, Ilsita y Absolón, decidieron mudarse todos juntos con sus respectivos retoños al campo a la casona propiedad de la familia y confinarse juntos en amor y compañía. Absolón y sus cuatro vigorosos hijos perecieron todos víctimas de la epidemia de camino al retiro, con lo cual conviviendo en la enorme casa campestre quedaron en total dieciséis personas, cuatro adultos y doce personitas; sin embargo, dado que Upita, Arletita e Ilsita se presentaron voluntarias a enfermeras y pasaban la mayor parte del tiempo fuera de casa, los niños quedaron al deficiente cuidado del tío Betito.

No hay mucho que decir sobre el tío Betito, salvo que creía que Washington era una manera rabiosamente moderna de decir «cambiando de tema» porque en el

noticioso de la radio, cuando conectaban con la capital americana para la retransmisión de la actualidad al otro lado del charco, se comentaban asuntos bien distintos. Además de sus pocas luces, era un tremendo borracho, por lo que ni su perspicacia le capacitaba para enterarse de nada de lo que pasaba en la casa ni tampoco es que chispa de caso le hiciera. Así, todos los primos crecieron silvestres, cazando lagartijas para la comida, subiendo y bajando la proa del barco encerrado en el pórtico y descubriendo los secretos de sus cuerpos desde una tiernísima edad.

Fruto de lo cual nacería con el tiempo la vergüenza de la familia pero por lo pronto solo nació el pequeño Jonás, a quienes todos los primos compinchados escondieron de los mayores en la buhardilla, cuidándole por turnos y dándole de comer papillas de harina con saltamontes machacados.

—Esto es pura proteína —concluía con mucha voz de sensato el primo Isi, apodado Isi el Sensato, cuya opinión era muy considerada entre el grupo.

Pasaron así años, de hecho casi dos décadas estuvo Jonás encerrado ahí arriba y fue en esa buhardilla que por hastío y ciencia infusa se curtió él solito en el juego del trile, el cual al emigrar sus padres a Salinas de Siles se acabaría convirtiendo en su ocupación oficial.

Jonás no fue el único bebé que nació consecuencia del retoce intrafamiliar, pero sí era el único que sobrevivía pasados los cinco años. Se fue forjando pues una atmósfera de tristeza, de resquemor, envidias y desesperación insostenible entre los primos,

irreconocibles en sus impulsos tan distintos de los que guiaron los juegos de aquellos niños ingenuos y llenos de alegría que una vez fueron. La peste, las muertes, los secretos habían teñido sus corazones rosáceos de gris hormiga. Ya nada volvería a ser igual, ya no podían mirarse a las caras. En ese clima de enorme angustia nació Manuel Abelardo, que no fue bautizado de este modo, sino como Maximiliano. Maximiliano era el segundo hijo de la pareja de Truli y Jovito que pasaba de los cinco años y cuando la prima Pitita tuvo que despedir a su tercer hijo nacido muerto, en un ataque de cólera acabó cantando la Traviata y acusando a la pareja de criar a dos niños clandestinos en la azotea. Upita y Betito repudiaron a sus respectivos, ni ellos ni nadie de la familia volvieron a dirigirles la palabra nunca más, fueron expulsados de la casa con su prole, a pesar de que fuera, la longeva peste esperara en cada esquina a su próxima presa.

Los cuatros tras un largo periplo a pie y de polizones en carromatos transportadores de frutillas sorprendentemente consiguieron llegar a Salinas de Siles ilesos y allí se instalaron. Para entonces la peste ya estaba dando los últimos coletazos previos a su extinción y Jovito no tardó en encontrar un digno empleo en una tienda de salazones.

A Jovito le obsesionaban dos cosas. La primera era el pasado en la casona, no quería olvidarlo y no guardaba rencor alguno a su familia por haberlos tachado de depravados y haberlos puesto de patitas en la calle, por lo que se esmeró en adornar el nuevo hogar con fotografías

de sus primos, sus tíos y sus padres. Si se le preguntaba por cualquiera de ellos, siempre respondía igual:

—Uy, ese, ese era un hombre de escándalo.

No solo era misericordioso Jovito, también tenía un punto sádico. Su segunda obsesión era asegurar el bienestar de su mujer y evitar en todo momento que se pudiera fatigar, por lo que no solo prohibió a Truli ejercer un empleo, ni siquiera le permitió un solo día de su vida poner la mesa o fregar jamás un solo plato.

—Truli, no te me canses, Truli.

Y Truli se pasaba la mayor parte del día tendida.

Jovito, de tanto partirse el espinazo, acabaría muriendo joven de un infarto, siendo Maximiliano adolescente, tras lo cual se sometería al sortilegio de James Richardson y sus Tom Collins, pero hasta entonces fueron un cuarteto feliz durante años, Maximiliano con sus otros cuatro amigos y ennoviado con Tadea desde la infancia, Jovito de acá para allá con la lengua fuera, Jonás sacando los dineros a todo el pueblo trileando y Truli muy tranquila. Solo salía de su reposo con las visitas, que casi siempre eran de corte infantil, pues a Truli iban a verla todos los niños del pueblo, porque les llamaba a todos guapinines y pocholines y aquello por ese lugar resultaba muy exótico y sobre todo porque contaba las mejores historias de piratas; pese a nunca haber conocido a ninguno personalmente, los describía tal cual todo aquel que la escuchaba imaginaba que debían ser aquellos románticos personajes.

Cuando no estaba recostada en la cama o el sofá, la convencían para que les enseñara a bailar charlestón o

jugar al socatira y ponía tanto empeño que rara era la vez que no acabara por los suelos y todos los niños sobre ella comiéndola a besos, entonces la cabeza de Jovito asomaba por la puerta y daba el primer aviso:

—Truli, no te me canses, Truli.

Raquela estaba muy orgullosa de que esa fuera su abuela, la mujer más popular entre la primera edad, pero el sentimiento no le duró mucho; Truli murió cuando ella apenas tenía tres años. Fue entonces que a Raquela, como Truli era muy pía, se le metió en la cabeza lo de ingresar en el seminario para de alguna manera emularla, aunque en realidad solo le pareciera apetecible lo de comer con cuchara de madera, y consecuente a la negativa de sus padres comenzó su fase rebelde. En sus escapadas, inspirada una vez más por la épica de su abuela, Raquela planeó una y otra vez darse a la mar, unirse a una banda pirata, pero durante un buen tiempo no fue capaz de recordar el haber logrado aquel sueño, ni siquiera el haber estado nunca en un barco. Regresaba a casa después de dos días en paradero desconocido, mugrienta, malherida, pero sin saber bien a raíz de qué experiencias. Nunca recordaba dónde había estado.

—Dónde has estado —querían saber sus padres.

Raquela no abría la boca, nunca contestaba a esta pregunta; ahora, cuando sobreseía su voto de silencio, retornaba al habla con un idioma que el lingüista experto del pueblo, don Melchor el Muchisabio, identificó como un dialecto del malayo antiguo llamado sekedee. Se quedaba Raquela con él pegado a su lengua cerca de una semana, poniendo cara de circunstancias cuando sus

padres y demás vecinos no la entendían, pero tan pronto pasaban los siete días, se secaba aquel pozo y volvía a hablar en cristiano. Este ciclo recurrente inquietaba a Raquela e igualmente inquietaba a sus padres, pero dejó de hacerlo a Maximiliano, al menos no como a un padre de a pie más, sino como a un ser humano con el vórtice de su mente plenamente abierto a las infinitas posibilidades y dimensiones del universo cuando el día en que su hija cumplió los cinco años, se dio cuenta de que ella era la niña protagonista del recuerdo que le había traído el señor James Richardson, a la que había avistado en altamar, en un altamar que no pertenecía a este mar ni a ninguno cercano, sino a un mar del otro lado. Fue ese día de celebración, un dieciséis de febrero, en el momento en que su hija se dispuso a soplar las bengalas del pastel de cumpleaños con su vestido de helado, que Maximiliano ató por fin todos los cabos, llegó a ser consciente de su pasada existencia como Manuel Abelardo, de sus experimentos con cohetes, de su tortuga, de la hemeroteca que encerraban las caras de aquellas fotografías que misteriosamente habían aparecido en el bolsillo de su camisa la noche en que conoció a Tadea. Lo entendió todo. Apenas una semana después la araña se colaría en su pecho. No era conveniente que un hombre cualquiera supiera tanto.

Raquela, en otro mar, atendía al nombre de Marlo y era hija de un engolado capitán inglés, férreo en sus maneras, chillón en sus risas y comedor por norma de cinco huevos duros al día que mojaba en Marmite a cada mordisco. Experta navegante aunque modosa en sus maneras, a los siete años Marlo sería raptada por una banda de piratas en el mar de Sabah y tras ser víctima de reiterados abusos por parte del capitán de la tropa, desarrollaría con el tiempo un acusado síndrome de Estocolmo y acabaría por disfrutar de lo lindo de estos virulentos encuentros, a la sazón de los cuales concibió una prole de tres hijos varones sanos y de edades muy seguidas, reconocidos como legítimos por su raptor asiático con particular orgullo, pues si no se preñaba a la hija de un brit comehuevos todos los días, él lo había logrado al menos tres. Formaron juntos la típica familia nómada y vándala que se demuestra amor a tortazos y fueron moderadamente felices.

Esto no lo aprehendió el alma de Raquela hasta pisar la antigua casona donde habían nacido su tío Jonás y su padre. Llegó allí una mañana de finales de abril, el 28. Su madre al fin había escrito un telegrama más o menos exitoso. Isi el Sensato se había apiadado de ella. Era un hombre viejo con cara de tortuga que a veces se acercaba por la gran casa para ponerla en orden, con muy buenas intenciones, pero vez sí vez también al ver la que se le echaba encima olvidaba su empresa y se sentaba a fumar en pipa. Isi el Sensato no era el ideal que Tadea tenía en

mente como compañero y único anfitrión de su hija, pero algo era algo, era, se quisiera o no, familia; además Tadea tenía a su hija por imprevisible, capaz era de entenderse a las mil maravillas con aquel anciano.

El precario carro tirado por bueyes, transporte de diez kilos de alfalfa y de los treinta kilos que pesaba Raquela por aquel entonces, chirrió al depositar a la niña en la puerta de la casona. Isi el Sensato estaba esperando sentado en un tranco, fumando una pipa. Apenas se permitió reparar en el orinal que llevaba Raquela en la mano.

«Ah, una instruida», pensó.

Raquela se acercó a él con una mirada llena de extraña esperanza y aquello conmovió su corazón de vuelta de todo. Tampoco se permitió regodearse en el sentimiento.

—Hola, yo soy Isi el Sensato.

—Ya lo sé. Te he visto en foto.

—¿Ah sí?

—Sí. Sales con un niño chico en brazos.

—Sería Jonás. ¿Qué tal está?

—Bien, ya no es chico, lo han ascendido a trilero mayor. Está contento.

—Estupendo.

Isi el Sensato calló un instante, como si estuviera pescando sus siguientes palabras en el aire.

—Siento lo de tu padre.

—Gracias. Es el mejor padre del mundo. No me cabe duda.

Isi el Sensato recogió la maleta de la niña para entrarlas a las dos en la casa.

—Sabes... es extraño sobrevivir a gente a la que solo pones cara de bebé. Hasta para una tortuga como yo.

Raquela rio, por no llorar. Fue entonces que se dio de frente con el gran eslabón de dos de sus destinos. En el pórtico de la casa estaba atracada la proa de un barco, idéntico al Señor Diapasón que un día Manuel Abelardo había heredado de Prístino Rodríguez, idéntico al barco que ella había visto desde la proa de otro tripulado por su padre, de su otro padre, el fanático consumidor de huevos duros untados en Marmite. Ahí hincada en el suelo, traspuesta mirando a lo quedaba del navío, se encendió en sus ojos una luz, un pasadizo hacia la verdad y, por fin, ella también lo entendió absolutamente todo. Hasta miró a Isi el Sensato y se percató de que su misma cara estaba posada en la cubierta del barco de aquel niño que había visto mientras surcaba los mares de Japón y supo que aquel niño era su padre.

Raquela, turbada, desfalleció momentáneamente. Isi el Sensato en contraposición a sus hechuras de añejo quelonio estuvo rápido de cazarla en sus brazos para que no diera de bruces contra el suelo. De no haber sido así Raquela se hubiera dado un fuerte golpe de cabeza y este sumado a su conmoción sensitiva hubiera resultado letal. De hecho, Raquela, una Raquela posible, murió en ese pórtico a los pies del barco. Inmediatamente después de haberlo entendido todo.

Pero la Raquela que Isi el Sensato rescató con su agilidad inesperada fue llevada en brazos del también inesperadamente fuerte anciano a la cama de la buhardilla, donde se habían criado Jonás y su padre

Maximiliano, y allí durmió cinco horas seguidas hasta que un levísimo ruido de pasos y un pequeño peso sobre su colchón la despertaron, igual que el ánimo de Jerónimo Horacio una noche despertó a la que un día sería su mujer.

Vio tallado en la sombra el rostro de su padre.

—¡Papá! —se incorporó pletórica—. ¡Papá!

Se apresuró a abrazarle, pero el contorno de su padre se alejó.

—No, cariño, hay que mantener las distancias o ya no me podrás ver más.

—¿Eres tú, verdad, papá?

—Sí, mi amor, soy yo.

—Te echo de menos, papá —balbuceó Raquela—, perdóname por todo lo que he hecho, por lo que he dicho. Eres el mejor padre del mundo. Te echo tanto de menos. Vuelve, vuelve, por favor.

—No puedo, mi niña..., no puedo volver justo donde tú estás, pero no estés triste. Fíjate como cada mañana despiertas con la sensación de que me has visto hace poco. ¿Te has dado cuenta? ¿Te sucede así?

—Sí.

—No me dices que sí por decir que sí, ¿verdad?

—No.

—Muy bien. Eso es señal de que tu alma está bien atada a la mía. De que vaya a donde vaya no nos separaremos jamás. Nos seguiremos viendo todos los días, mi amor, solo que en otros lugares, en otros mundos que no recordaremos, al menos no tan fácilmente. Pero es inútil pensar que uno lo puede controlar todo, ¿verdad?

—Sí.

—Y es un consuelo saber que esos lugares existen, ¿verdad?

—Sí.

—¿No crees que tenemos suerte, hija, no crees que tenemos mucha suerte?

—Sí, sí, papá, mucha suerte.

—Te quiero, mi amor. Estoy muy orgulloso de ti.

—Yo también te quiero, papá.

—Ahora duerme, mi niña, nos vemos en un ratín.

FIN

ÍNDICE

1;	9
2;	23
3;	27
4;	37
5;	43
6;	53
7;	59
8;	65
9;	71
10;	79
11;	99
12;	103
13;	111

